BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LA MADRUGADA DE LOS CADAVERES

CURTIS GARLAND

Lectulandia

«Y en aquellos instantes, en el cementerio local, dos hombres procedían al robo de un cadáver sepultado no hacía muchas horas.

Y todo eso, con ser mucho, era sólo el principio.

El principio de un horror que iba a desencadenarse, no tardando mucho, sobre aquella ciudad. Un horror que estalló justamente en aquella madrugada, cuando ya toda la población parecía dormir, cuando el último local de diversión y de bebidas, había cerrado sus puertas, y se presentía la llegada del alba, lívida y espectral, no más tarde de unas pocas horas».

Lectulandia

Curtis Garland

La madrugada de los cadáveres

Bolsilibros: Selección Terror - 156

ePub r1.0
xico_weno 29.08.16

Título original: *La madrugada de los cadáveres*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Jirones grises se arrastraban por entre los matorrales y setos. También por las casas oscuras y viejas de los arrabales. Y muy especialmente, cerca de la lívida luz de gas de las callejuelas empinadas, angostas y zigzagueantes de la pequeña población. El empedrado húmedo brillaba como si estuviera hecho de bloques de negro charol. En las vidrieras iluminadas, la humedad ponía regueros acuosos. Detrás, apenas si eran visibles las siluetas de los parroquianos de cantinas y establecimientos de bebidas.

Un caballo relinchó en un establo. No lejos de allí aullaba insistentemente un perro, de forma lastimera. Un carruaje negro, brillante de humedad, rodó por la calle principal, hacia alguna parte, haciendo botar las altas ruedas sobre el empedrado tosco. Se perdió por otras callejas que ni siquiera estaban empedradas.

Un vigilante nocturno, de oscuro uniforme, pasó por una esquina, con paso perezoso, rutinaria su marcha. Su linterna resbaló sobre un pasquín, con un ramalazo de luz espectral. Las letras del cartel destacaron un momento en la noche.

La ejecución del convicto de asesinato Burns Muldoon tendrá lugar en la madrugada del viernes, en la prisión de Selkirk, tal y como ha sido fijado por la justicia. Dios se apiade de su alma.

El vigilante nocturno se perdió tras una esquina. El reloj de la iglesia desgranó hasta cinco campanadas. Los cuartos, y la más sonora de la hora: la una. Faltaban sólo cinco horas para que Burns Muldoon fuese ahorcado a menos de una milla de la población, en el sombrío edificio de la prisión.

Selkirk, a orillas del Tweed River, siguió sumido en su calma, silenciosa y triste. Sobre las callejas, la niebla formaba fantasmas grisáceos y pegajosos que parecían resbalar sobre paredes y suelos, dejando desgarros sucios a la claridad de las pocas ventanas y farolas de alumbrado que salpicaban la población.

En uno de los locales de peor fama de Selkirk, la Crown and Sword Tavern, se oían las risas de las mujerzuelas, en su nocturna labor con los parroquianos del local, ejerciendo la más vieja profesión del mundo, entre pinta y pinta de buena cerveza.

En realidad, parecía que aquella noche, en Selkirk, al norte de Inglaterra, todo iba a ser más o menos normal. Después de todo, incluso Burns Muldoon, el reo acusado del asesinato de varias mujerzuelas, había dejado de ser ya una amenaza para la reducida y apacible sociedad del lugar.

Sin embargo, en aquellos momentos, un tren iba al encuentro de otro, a no más de dos millas de Selkirk, en inexorable choque fatídico.

En aquellos momentos, Burns Muldoon, el asesino, iniciaba su evasión de la penitenciaría.

Y en aquellos instantes, en el cementerio local, dos hombres procedían al robo de un cadáver sepultado no hacía muchas horas.

Y todo eso, con ser mucho, era sólo el principio.

El principio de un horror que iba a desencadenarse, no tardando mucho, sobre aquella ciudad. Un horror que estalló justamente en aquella madrugada, cuando ya toda la población parecía dormir, cuando el último local de diversión y de bebidas —el Crown and Sword, naturalmente—, había cerrado sus puertas, y se presentía la llegada del alba, lívida y espectral, no más tarde de unas pocas horas…

Y que precisamente tuvo que iniciarse con un acto sangriento y feroz, con la muerte de alguien…

La muerte de una mujer. Una más. De la misma nota de las que anteriormente murieron en Selkirk. Una chica de vida nocturna, como otras que cayeron antes violentamente, a manos del terrible, enorme, feroz y brutal Burns Muldoon, según veredicto final de los jueces.

La última en salir aquella madrugada de niebla espesa y maloliente, de la Crown and Sword Tavern. Una muchacha muy rubia, muy opulenta y muy fácil. Una tal Judy Danvers.

Eso fue el principio. Pero, en cierto modo, y pese a su sangriento carácter, no fue lo peor, ni mucho menos, de la pesadilla alucinante que amenazaba a todos los habitantes de Selkirk, no tardando mucho…

*** * ***

Judy Danvers soltó una carcajada al cerrar la puerta de la cantina, tras haberle replicado con una ordinariez el individuo que pretendía retenerla allí más tiempo. Luego, su taconeo se alejó de las vidrieras emplomadas, tras las cuales era visible la luz amarillenta del local, e incluso las siluetas de sus clientes, recortándose en el humo.

La mujerzuela lanzó un eructo momentos más tarde y ajustó su blusa. Luego canturreó algo entre dientes, soltando un fuerte vaho de ginebra, a medida que su figura se alejaba por las empinadas callejas.

Los altos tacones repiqueteaban irregularmente en el negro empedrado lustroso. La cantina se perdió tras una esquina, con sus alargados rectángulos de luz amarilla sobre el pavimento mojado, al que la neblina nocturna se adhería como algo viscoso y reptante.

Dobló otra esquina. Se adentró en las callejuelas que conducían a las zonas suburbanas de Selkirk. Un silbato lejano ululó en la noche. Era la locomotora del correo de Londres, acercándose a la estación local, como cada día a la misma hora.

Judy Danvers supo que era ya la una de la madrugada pasada. La hora de arribar el correo nocturno a Selkirk era a la una en punto. Rara vez lo hacía puntualmente, y menos si la niebla, como esta noche, era demasiado espesa.

Miró en derredor, con un repentino estremecimiento. Había llegado a sentir miedo por un momento. Luego se rió de sí misma. Era un miedo ridículo. Absurdo ya. A estas alturas, una mujer podía recorrer las calles de Selkirk impunemente, sin miedo a

morir degollada o descuartizada por las manos de un loco homicida. Eran ya otros tiempos. En la penitenciaría estaba esperando ahora la ejecución el culpable de tantos crímenes horrendos. Muchas mujeres solitarias, como ella, habían sido víctimas del brutal, sádico y despiadado Burns Muldoon, «el carnicero de las damas», como alguien le había bautizado con pésimo humor.

Burns Muldoon, asesino y loco. Muchas voces se habían alzado, clamando por su indulto de la horca, por una más piadosa medida para un criminal que no tenía equilibrado su cerebro. Para muchos, el manicomio hubiera sido mucho más justo que la soga del verdugo. Pero los jueces fueron inflexibles. Se consideró que un hombre de su fuerza física, de su crueldad y de su virulencia, podía ser un latente peligro, aun estando encerrado en un establecimiento como el del doctor Silas Bakersland, en Selkirk, pongamos por ejemplo, y que una muy posible fuga del hospital de alienados, provocaría el pánico y el horror por doquier, y quizá otro baño de sangre a manos del monstruo.

De modo que nada tenía que temer Judy Danvers ni ninguna otra. Ella lo sabía ahora, con aquel temible Burns Muldoon, de gigantesca figura, manos de hierro y rostro demencial, encerrado en una celda de la vecina penitenciaría, a escasas millas de Selkirk, esperando la llegada del verdugo…

Él lejano silbato de la locomotora recordó algo a Judy Danvers. Algo horrible y a la vez confortante. Sobre todo para ella, y para muchas otras mujeres como ella, cuya profesión era nocturna y podían, por tanto, peligrar en todo momento con un maníaco suelto.

Aquel tren correo de Londres traía la confirmación de todos sus respiros. Un hombre especial viajaba en el convoy nocturno. Un hombre que descendería en Selkirk, donde ya le estaría esperando un negro carruaje para conducirle directamente a la penitenciaría.

Ese hombre era… el verdugo.

El encargado de ejecutar a Burns Muldoon. Apenas despuntara el alba, el asesino caminaría hacia el patíbulo. En éste se hallaría esperándole el verdugo de Londres a la espera de cumplir su lúgubre tarea en nombre de la ley.

Judy Danvers apartó de sí todos esos pensamientos de siniestro significado. Trató de no pensar más en el criminal y en lo que, antes de ser aprehendido, había llegado a hacer en la región, llenando de terror a las mujeres, víctimas siempre de sus feroces iras.

Lo importante es que todo aquello había pasado. Ya no había peligro en deambular de noche por las callejuelas desiertas de la población. Aunque ella, personalmente, optara esta noche por retirarse a su domicilio, sin aceptar invitaciones de los hombres de la cantina. No se encontraba muy bien, y prefería dormir. Quizá había bebido demasiado, o no estaba totalmente curada del fuerte resfriado que pasara la semana anterior.

Bostezó, deteniéndose ante la más angosta, oscura y triste de las callejuelas que

recorriera hasta entonces. Era la suya. Una sórdida casa de huéspedes, en aquel lugar sucio, maloliente y tétrico, era su vivienda. Una miserable habitación pagada con buenas guineas contantes y sonantes, era todo su hogar.

Pero se encontraría bien en él. La madrugada empezaba a ser fría, tremendamente húmeda y desapacible. Judy Danvers optó por seguir adelante, y encontrar el cobijo amable de las ropas de su lecho.

Entró en la callejuela. Un momento después, un terrible grito de horror partía de la oscuridad.

Era un grito de aponía, de terror, de muerte.

Luego, la sangre corrió en reguero por entre los adoquines húmedos de neblina. Dentro de la oscuridad casi sólida del callejón, un arma incisiva, una afilada hoja de acero, entraba una y otra vez en el desdichado cuerpo de una exuberante mujer que poco antes no temía a nada.

Unas manos enguantadas herían una y otra vez a su víctima con la frialdad de quien halla en destruir una complacencia morbosa y maligna. Finalmente, el cuerpo de la infortunada Judy Danvers, desgarrada su ropa, desgarrada también su carne, rodó por el empedrado, bañado en sangre, con ojos desorbitados, con la boca crispada en aquel supremo alarido de pavor que la muerte brutal ahogó en un estertor final.

Un hombre, apenas una sombra oscura en la oscuridad misma de la callejuela, se perdió en los vericuetos callejeros del suburbio. Había salpicaduras de sangre en el negro macferlán que flotaba en torno a su figura. Bajo el sombrero también negro, de copa alta, una mancha lívida marcaba la presencia del rostro del asesino. Pero apenas si en la niebla era eso: una simple mancha irreconocible.

Además, no había nadie por los alrededores que pudiera descubrirle o tratar de identificarle. Selkirk dormía a la avanzada hora de la madrugada en que Judy Danvers fue acuchillada.

Solamente cuando un buhonero que madrugaba en exceso pasó por la zona donde fuera derribada a golpes de cuchillo la infortunada mujerzuela de la noche, sus gritos de alarma, de terror ante los regueros de sangre que se habían cuajado en el pavimento y que le condujeron hasta el desfigurado cadáver, atrajeron la atención de uno de los vigilantes nocturnos de la población: el agente uniformado John Knight, que informó con urgencia de lo sucedido al puesto de policía local, levantando del lecho a Thorley Lawson, el jefe de policía de Selkirk.

Justo entonces, llegó el estruendo horrible desde la vía férrea cercana. El estruendo que señalaba el descarrilamiento trágico del correo de Londres, al chocar de frente con un mercancías erróneamente situado en una de las vías de preferencia para el convoy nocturno de la capital.

Al mismo tiempo, en la estafeta telegráfica de Selkirk, el pulsador Morse iba redactando al somnoliento operario de servicio un mensaje de máxima urgencia, fechado en la penitenciaría de Northland:

«Burns Muldoon, el asesino, evadido de la prisión. Batida en las cercanías inútil por ahora. Rogamos máxima vigilancia y control en la zona. Saludos. Ronald Hoggarty, alcaide».

CAPÍTULO II

Los dos hombres dejaron de manipular los féretros recién sacados del fondo de la fosa. Se miraron entre sí, preocupados. La macilenta lámpara de aceite puso en sus caras desaseadas, de barba de varios días, expresión ratonil e innoble, y gesto amedrentado, un tono espectral, un juego de furtivas sombras lúgubres. Lucubres como el lugar en que se hallaban ahora, manchados dé fango rojizo y de arbustos silvestres de los que crecían abundantemente en el viejo cementerio de Selkirk.

—¿Has oído eso, Oxley? —preguntó uno, el más grueso de los dos, enjugándose de un manotazo de su sucia diestra velluda el sudor que goteaba por su cara lívida.

—Claro que lo oí, Gough —rezongó el otro, dejando de forcejear con los cierres de uno de los ataúdes recién sacados de la fosa, junto a la caída cruz de hierro forjado —. Parece que fue cerca del río.

—Y cerca de la estación —masculló el llamado Gough, clavando sus ojos redondos, inyectados en sangre, en el más flaco rostro de su compañero—. Por tanto, cerca de aquí también.

—¿Vamos a dejar esto a medio hacer? —Se lamentó su compinche, señalando los féretros—. Eso no le gustaría al doctor.

—Al diablo ahora con el doctor. Mira… —Su manaza señaló hacia un lugar, por encima de las medio derruidas cercas del cementerio—. Algo está ardiendo.

Era cierto. Un resplandor anaranjado se levantaba de un punto en la campiña, cerca de la población. Era hada el norte, seguramente cerca del puente. Por tanto, el estruendo anterior había provocado un incendio cuando menos.

—Juraría que ha sido el tren —señaló roncamente Gough, con una expresión temerosa en su cara huesuda y macilenta—. Dices bien, Oxley. Será mejor largarse de aquí cuanto antes. Podría suceder que venga gente a averiguar lo que ocurre en la vía férrea… y nos sorprendieran en el cementerio. Ya sabes que añora hay una ley por la cual se ahorca a los ladrones de tumbas.

—Vete al infierno con tus estupideces —rezongó Oxley, malhumorado. Suspiró, dirigiendo una ojeada a los ataúdes. Uno de ellos estaba casi abierto—. Una tarea echada a perder. El doctor no tendrá esta noche los cuerpos que quería… y nosotros nos quedaremos sin nuestras cincuenta guineas, por culpa de ese maldito tren. ¡Vamos ya, hay que largarse de por aquí! Eso que suena a lo lejos es el carruaje de los bomberos, maldita sea…

Los dos rufianes se alejaron de la fosa abierta, de los ataúdes profanados, ahora situados junto a un montón de tierra húmeda y de hierbajos removidos. Ni siquiera se molestaron en alzar de nuevo la cruz o poner la flamante lápida en su sitio. Estaban demasiado asustados los ladrones de cadáveres para continuar allí un momento más. Y no eran precisamente los difuntos quienes les asustaban a ellos. Estaban demasiado habituados a manipularlos en su infame negocio.

El campanilleo repetido del carruaje de los bomberos de Selkirk se fue aproximando hacia las cercas del cementerio, que se alzaban a un lado del camino a la estación del ferrocarril.

En las vías, dos convoyes ardían tras el brutal choque, destrozadas sus locomotoras y vagones de cabeza, pasto ahora de las llamas. Los gritos de heridos y moribundos se mezclaban con el jadeo del vapor en evasión, y el crujido de las maderas que cubrían entre astillas a vivos y muertos, víctimas todos del descarrilamiento.

Dos de las unidades del convoy habían saltado de las vías, rodando por el terraplén y sumergiéndose, medio destrozadas, con todos sus viajeros dentro, en las profundas y oscuras aguas fangosas del Tweed River, a su paso bajo el puente de Selkirk, a menos de media milla de la población.

*** * ***

El doctor Silas Bakersland apretó los labios con fría expresión. Su rostro alargado, enjuto, pálido y aristocrático, no reveló emoción alguna. Pero sus claros ojos azules brillaron con un destello súbito de ira, de contrariedad mal disimulada.

Aquel siniestro en la vía férrea era lo peor que podía sucederle. Y él sabía muy bien las causas. Hundió sus manos enguantadas en los bolsillos de su flotante macferlán negro, y echó a andar por el desierto andén de la estación ferroviaria de Selkirk, de regreso al negro calesín que le esperaba junto al edificio de rojo ladrillo de la estación.

Algo había fallado esa noche, y se sentía malhumorado en estos momentos. Evidentemente, esperaba a alguien en la estación. Alguien que venía en aquel tren e madrugada, procedente de Londres. El doctor Bakersland rara vez abandonaba a horas tan intempestivas su hospital de alienados en Selkirk, para dirigirse a un lugar tan insólito como la estación ferroviaria, a menos que un poderoso motivo le guiara a ello.

Los vagones ardían en la vía férrea, dando un resplandor rojizo al paisaje, que así se convertía en un auténtico mundo infernal, de gritos, alaridos, sangre y tragedia. En el fondo de las aguas del río, muy caudalosas y de lecho muy fangoso en aquel punto, se debatirían a estas horas, inútilmente, los demás viajeros siniestrados, apresados en la terrible cárcel de astillas que serían sus vagones, presos a su vez en el fondo del Tweed.

Pero todo eso, al parecer, no inmutaba en absoluto al doctor Bakersland, pese a su condición de médico. El dolor ajeno le tenía sin cuidado. Eran sus intereses los que le importaban. Sus afanes, sus esfuerzos, su propia persona, en suma.

Y todo esto acababa de sufrir un golpe demasiado rudo para que su conciencia se sintiese herida por sensiblerías ajenas a su propio ser. La agonía, la muerte de los demás, le dejaba indiferente por completo.

Subió a su calesín. Emprendió la marcha hacia Selkirk, conduciendo él mismo su carruaje, con mano firme. Su destino era su hospital, el asilo de alienados y enfermos mentales que regentaba en la población, junto al hospital destinado simplemente a los servicios normales.

Sabía que esta madrugada habría trabajo en las dependencias de asistencia urgente. Los heridos y agonizantes del convoy siniestrado pronto estarían en Selkirk, para ser auxiliados en las salas generales del sombrío hospital… o para ser luego trasladados al depósito de cadáveres local.

*** * ***

Todos los carruajes de Selkirk servían de improvisadas ambulancias en el trance.

Muchos ciudadanos, despertados por la campana tocando a rebato, en señal de emergencia, se dirigían ya al río para auxiliar a las víctimas. Los bomberos extinguían el fuego en los vagones y locomotoras incendiados. Pero ya había numerosos heridos. Y también muertos.

Otros hombres se esforzaban por extraer del río los vacunes sumergidos, y con ellos a sus ocupantes, pero salvo rara excepción, el fracaso más absoluto acompañaba sus afanes. La niebla, muy densa, la oscuridad sucia de las aguas ribereñas, y el hecho de que hubiesen ido a hundirse en la parte más profunda, dificultaba las operaciones de rescate y salvamento.

Al final, el propio alcalde, Francis Hyde, que se había sumado a los numerosos voluntarios en ayuda de los siniestrados, dio una orden tajante en ese sentido:

—Con el tiempo que llevan sumergidos, ninguno puede estar ya vivo. Resulta inútil que arriesguemos nuestras vidas en lucha por rescatar unos cadáveres que no se moverán de donde están ciertamente. Mañana, con el nuevo día, cuando la niebla ceda un poco, emprenderemos la tarea de rescate. Ahora volvamos a la población y ocupémonos solamente de los heridos.

Era una decisión inteligente. Así lo comprendieron todos, y el alcalde Hyde fue obedecido de buen grado por sus ciudadanos. Toda la operación se basó ahora en llevar los heridos más graves al hospital, y cuidar de los heridos leves, mientras los cadáveres eran conducidos a la Morgue local. No podía hacerse otra cosa a fin de cuentas.

Se procedía al traslado de los heridos más graves cuando alguien llegó del río, trayendo en sus brazos a un hombre ensangrentado, con el vientre y el torso acribillados por las astillas de un vagón destrozado. La sangre y el fango del río se mezclaban sobre el cuerpo maltrecho del infeliz. Sus ropas oscuras aparecían empapadas y desgarrados.

—¡Alcalde, alcalde Hyde! —Llamó el hombre que traía en sus fuertes brazos al agonizante—. ¡Ese hombre, cuiden de él, si es que aún es posible hacer algo por salvar su vida! Está destrozado… Ha emergido entre los cañaverales de la orilla y,

providencialmente, pude rescatarle de la muerte.

—Sí, tráigalo —ordenó el alcalde, señalando el carromato dispuesto para trasladar a los más graves al pueblo—. Sitúelo ahí, en cabeza, junto a esos otros cinco desgraciados que apenas si alientan ya. ¿Sabe quién puede ser ese hombre?

—Lo dijo él mismo antes de desvanecerse, señor —explicó el lugareño, mirando con rara expresión al alcalde de Selkirk—. Es… es el verdugo de Londres, Josuah Warren… Es lo que él dijo… Venía a ejecutar a Burns Muldoon.

El gesto del alcalde se ensombreció. Miró al hombre de baja estatura y figura maciza, que se debatía entre la vida y la muerte. Hubiera podido jurarse que era un simple viajante de comercio o un aburguesado tendero londinense. Cualquier cosa menos aquello: el verdugo…

—Está bien —resopló Francis Hyde, sacudiendo la cabeza—. De todos modos, creo que no hubiera tenido trabajo hoy en la penitenciaría. El jefe de policía acaba de Informarme que Burns Muldoon se ha evadido hace unas horas.

Y la carreta con los hombres precisados de urgente atención médica, emprendió la marcha hacia Selkirk, por el desigual sendero, procurando moverse lo menos posible para no empeorar a los desdichados viajeros del vehículo.

*** * ***

El doctor Clifford Doyle se lavó varias veces el rostro y hundió sus manos en el agua fría, empapando luego sus cabellos para ahuyentar de sí hasta el último vestigio de sueño. Luego se abotonó la camisa y tomó su levita, saliendo de la habitación sin terminar de vestirse, desabrochado el cuello, despeinado y presuroso.

Los lóbregos, húmedos corredores del viejo hospital de Selkirk, le condujeron hasta las salas de urgencia dispuestas en la planta baja del edificio.

Por el camino se tropezó con varios enfermeros y con dos de los médicos internos del establecimiento. Uno de ellos le informó, sin detenerse:

—¡Es horrible, doctor Doyle! ¡Hay más muertos que heridos! ¡Y la mayoría de los que tenemos que atender, están virtualmente desahuciados de antemano! No sé lo que esperan que hagamos con esos desdichados.

—Al menos, doctor, intentar salvarles —fue la seca respuesta del joven Doyle, en su carrera hacia el lugar donde eran necesarios sus servicios.

Afuera, en las calles de Selkirk, entre la densa niebla de la madrugada, se escuchaban los campanilleos de los carruajes encargados de conducir a los heridos, los tañidos a rebato de la iglesia, y el estridente sonido de los carruajes de bomberos, regresando de la vía férrea.

Clifford Doyle había escuchado ya voces y comentarios en la calle, a través de la ventana, mientras salía de su sueño y poco antes de ser avisado urgentemente al quirófano de emergencia.

Sabía que habían descarrilado dos trenes, uno de viajeros y otro de mercancías.

Sabía que las víctimas se contaban por docenas. Y que había más cadáveres en el fondo del río.

Cuando llegó a la planta baja y se dispuso a entrar en el quirófano, salía de éste una camilla con dos cuerpos tapados totalmente por una sábana. Un enfermero le comunicó escuetamente:

—El depósito de cadáveres va a quedar pequeño, doctor Doyle. Éstos son ya el séptimo y octavo que van allá. Murieron sin volver en sí, sin que se pudiera hacer nada por ellos.

—Sí, entiendo —asintió el joven médico, con una palidez acentuada en su anguloso, enérgico rostro. Los ojos oscuros centellearon—. Dios nos ayude…

—Falta hará, doctor —aseguró el enfermero, alejándose—. Y si unimos a esto la evasión de ese maldito loco asesino, Muldoon, y el asesinato de otra chica en plena calle, esta misma noche…

—¿Qué es lo que dijo? —Se detuvo Doyle, asombrado—. ¿Muldoon evadido? ¿Otro crimen?

—Sí, doctor. La policía encontró a una fulana acuchillada en plena calle… Tal vez lo hizo ese Muldoon otra vez. Hace horas que escapó de la penitenciaría. Lo andan buscando por todas partes. Cielos, todo esto es como una mala pesadilla, doctor.

Doyle no comentó nada. Con gesto ensombrecido, entró en el quirófano.

No podía decirse que fuese un bello espectáculo aquél. Doyle sintió horror y también algo de asco. Horror por la presencia de cuerpos ensangrentados, por la acumulación de heridos y la ausencia de medios para atenderles a todos con la debida prontitud. Asco por las condiciones en que se hallaba el hospital del doctor Bakersland. Ni aseo, ni higiene adecuada, ni material, ni medios oportunos. Así eran los establecimientos clínicos de la época, pese a la lucha exasperada del doctor Doyle y de otros jóvenes galenos como él, por dignificar su profesión y dar asepsia y garantías al esfuerzo médico por salvar vidas ajenas.

—Me pregunto si no va a matarles antes la infección que sus propias heridas — masculló entre dientes, malhumorado, echando a andar hacia las mesas de operaciones que, alineadas como en una sala común, sólo disponían de ropas ensangrentadas, de sábanas poco limpias y de médicos y enfermeras nada aptos para aquella esforzada labor.

Poco después, bisturí en mano, luchando con las deficiencias sanitarias de aquel vergonzoso establecimiento y con la incompetencia de sus colegas y ayudantes, el doctor Clifford Doyle se esforzaba por evitar una matanza mayor todavía.

De los diez primeros heridos graves que asistió, cuatro se quedaron sin vida en sus manos. Las heridas eran mortales de necesidad y ya previamente había advertido que no existía solución alguna para ellos. Sus intentos por impedir que tan fatal diagnóstico se cumplieran, fueron inútiles.

El quinto herido grave estaba moribundo. Doyle lo examinó, resignado, tras haber

logrado dejar en condiciones relativamente esperanzadoras a seis de los pacientes atendidos. Este de ahora tampoco tenía remedio.

Los destrozos eran considerables. El herido le miró patéticamente desde la mesa salpicada de sangre por doquier, bajo la luz de las lámparas de petróleo provistas de pantalla de metal bruñido, para aumentar su claridad en el quirófano.

—El… doctor… Bakersland… —le oyó jadear con un estertor, mientras sus labios se teñían de rojo espumeante—. Por favor, el doctor Bakers… land Es… muy urgente…

—Si, en seguida —asintió Doyle. Se volvió a un enfermero. Le ordenó con tono grave—: Avise al director. Un herido quiere hablar con él. Parece conocerle. Dice que es urgente…

El enfermero asintió, saliendo presuroso del quirófano. El herido se agitó, mientras Doyle examinaba, desalentado, sus terribles desgarros en vientre y estómago, con destrozo de vísceras. El pronóstico era desesperado. Sin remedio.

—El doctor… Bakersland, por favor… —insistió, desorbitando sus ojos, muy fijos en Doyle.

—Vendrá en seguida —prometió el joven médico, serenamente—. Cálmese. Voy a curarle ahora.

—No… no me engañe, doctor… Sé… sé que es inútil todo cuanto se intente… Estoy… estoy virtualmente muerto… El doctor Bakersland… llegará tarde…

—No puede tardar.

—No importa… Yo moriré ahora… Es el fin… Doctor, yo…, yo… tenía que entregarle… al doctor lo que él sabe. Eran diez… diez mil guineas… Un buen precio por… por el frasco rojo…

—¿El frasco rojo? —indagó Doyle, pensando que el herido deliraba.

—Sí. Mi… mi obra, mi… mi invento… Algo maravilloso… para los experimentos… del doctor Bakersland… El frasco rojo… por diez mil… guineas… Ya nunca lo obtendrá…

Nunca… Sólo yo conocía la… la fórmula… y está en mi… en mi menté… Yo, doctor, no puedo ya… recordar… Ya no sirve de nada el dinero… No necesitaré… diez mil… guineas…, adonde ahora voy… Ni un solo chelín… Dígale, si yo he muerto… el frasco está… en el río… Lo vi hundirse. Dígaselo… Yo, profesor… Lloyd… yo…

Luego se quedó rígido, con la boca convulsa, los ojos desorbitados. Estaba muerto.

Cuando el doctor Bakersland, alto, enjuto, anguloso y frío, embucho en su negra capa, entró en el quirófano, unos enfermeros se llevaban el cadáver del hombre en una camilla. Los ojos azules del director del hospital buscaron en vano sobre las mesas ensangrentadas. Luego miró a Doyle.

—¿Quién es el hombre que me hizo llamar? —preguntó, seco.

—Ese de ahí —señaló a la camilla y al cuerpo tapado—. Llega usted tarde, señor.

Estaba agonizando cuando lo trajeron.

—¿Qué quería de mí? —Las azules pupilas no se separaban un ápice de Doyle.

—No lo entendí muy bien —se encogió de hombros Doyle, mientras situaban a otro herido sobre la mesa de operaciones, como quien manipula reses en un matadero —. Dijo que usted le daría diez mil guineas… por su invento. Un frasco rojo, doctor. ¿Le dice eso algo?

—No, nada —negó fríamente el director del centro hospitalario y del vecino asilo de alienados—. ¿No añadió nada más, doctor Doyle?

—Poca cosa. Mencionó que usted necesitaba su invento para experimentar… Pero que el frasco rojo se hundió en el rio. Y la fórmula se la llevó en su mente… Supongo que sabrá a lo que se refería. Creo que se llamaba profesor Lloyd… y le conocía a usted.

—No tengo la menor idea —rechazó el médico, con voz impasible—. Tal vez deliraba el pobre diablo. O alguien le habló de mí. Ciertamente, no sé nada de ese tal profesor Lloyd ni de cuanto le dijo. Será mejor que ambos olvidemos todas esas tonterías. Estoy habituado a escuchar cosas más raras en el otro edificio de este establecimiento, doctor Doyle. Ya se habituará usted a los delirios de los mentalmente enfermos. Acaba usted de llegar a mi hospital. Visite en cualquier momento el asilo de alienados, y las divagaciones de ese pobre moribundo le parecerán la cosa más sensata del mundo. En fin, ya que estoy aquí, le ayudaré en su tarea, doctor. Veo que sobra trabajo para todos nosotros.

Se despojó de su capa, de su levita y chaleco rameado, soltó su lazo de plastrón, remangó la lujosa camisa de seda y se puso una blanca bata, disponiéndose a colaborar en la tarea quirúrgica del doctor Clifford Doyle, su nuevo y joven médico cirujano.

Éste había escuchado sin expresar nada cuanto le dijera su director. Luego, tras un momento de duda, reanudó su tarea, sin dejar de dirigir, de vez en cuando, ojeadas pensativas al muy honorable doctor Bakersland, director del Hospital General y el Asilo de Alienados de Selkirk.

Unos momentos después, otro herido pasaba a una de las salas de los que se salvaban de la muerte. Ocupó su sitio una Joven de cabellos rubios, vestida de color claro. Su traje aparecía salpicado de sangre. Mostraba dos cortes en su cuello y seno, y una herida en su brazo izquierdo. También un leve rasguño en la sien, junto a los dorados cabellos.

—No son heridas graves, doctor Doyle —dijo un enfermero—. Pero creo que debe atenderla antes a ella.

—¿Por qué? ¿Por ser mujer y muy bonita? —Preguntó secamente el joven—. No es motivo suficiente, enfermero. Hay casos más graves esperando.

—Tiene usted razón, doctor —afirmó ella, con suave voz—. Pero yo he pedido ser atendida para estar en condiciones de poder curar a los demás. He sido enfermera en Londres, ¿comprende? Quisiera serles de alguna ayuda, dadas las circunstancias.

Pero no puedo tocar a otros heridos, goteando sangre de mis propias heridas. No sería… aséptico, creo.

Clifford Doyle se mordió el labio inferior. El doctor Bakersland había girado la cabeza, entre curioso e intrigado, contemplando a la joven voluntaria.

Doyle, finalmente, asintió.

—Está bien —dijo—. Perdone, señorita. Tiene usted razón. Y muchas gracias por su ofrecimiento… Lo aceptamos encantados. Hacen falta manos como las suyas para atender pacientes.

Sin comentar nada, el doctor Bakersland inclinó la cabeza, prosiguiendo la tarea sobre el herido a quien atendía, y que un momento después era cadáver entre sus manos.

Exhaló un suspiro de ira el director del hospital, echó la sábana sobre el cuerpo sin vida y reclamó a otro herido, indiferente a toco. Mientras esto sucedía, sus ojos, disimuladamente y de soslayo, vigilaban a la joven y bella enfermera. Pero su mirada no se fijaba en el bonito rostro de la viajera del correo de Londres, sino en el arranque de sus juveniles y erguidos senos, visible por su desabotonado vestido.

La mirada del médico tenía en esos momentos una fea expresión de insania y de lascivia.

CAPÍTULO III

Ethan Roark era el único empleado de noche en el depósito municipal de cadáveres de Selkirk. Joven, alto, pálido, con aire bobalicón y esa rara apariencia que la vida entre difuntos proporciona a sepultureros, funerarios y demás personas de ese mundo tétrico en que la muerte es parte del trabajo cotidiano, acostumbraba a dormitar en su garita encristalada, ante la lámpara de gas azulada, con una buena jarra de vino a su alcance y la vecindad estremecedora de los clientes del establo cimento, rígidos y fríos bajo las sábanas en las mesas de mármol o en el suelo dé piedra de la Morgue.

Ethan Roark tenía trabajo extra esa madrugada. Atónito, iba viendo llegar los cuerpos sin vida, uno tras otro, sin reposo. Ya no cabían los cadáveres ensangrentados en las mesas, y estaban siendo alineados en el suelo, tan frío como las superficies marmóreas. Hombres de diversa edad, algunas mujeres, e incluso niños, formaban el alud sorprendente y trágico que desbordaba todas las previsiones de un depósito limitado, como era el de Selkirk.

Roark se rascó sus ralos cabellos pajizos, contemplando la sala repleta. Nuevas víctimas del descarrilamiento iban entrando, envueltas en telas ensangrentadas.

—Ponedlos en esa otra sala —indicó Roark, tras una duda. Señaló la puerta de un almacén anexo, donde nunca había sido depositado cadáver alguno—. Hay herramientas, un gabinete para autopsias y todo eso. Supongo que, dado el caso, no importará mucho.

Si. Eran demasiados los muertos que entraban en Selkirk esa noche. Él nunca había visto tantos. Incluso una persona como Ethan Roark se sentía impresionada por aquel caos sangriento.

Regresó a su cubículo, cuando le comunicaron que, momentáneamente, no había más defunciones en el hospital. Sin embargo, alguien le anticipó con voz bronca y tono ya indiferente, de tanto conducir cuerpos sin vida:

—No esperes descansar mañana, Roark. Tenemos que extraer muchos cuerpos del río. Eso se hará cuando sea de día, amigo. El alcalde Hyde calcula que, cuando menos, habrá en el fondo del Tweed medio centenar de víctimas sin vida todavía. De modo que aún nos queda tarea.

Ethan Roark hizo un gesto de estupor, moviendo su cabeza afirmativamente una y otra vez. Luego, formuló un comentario digno de él:

—Cielos, esto parece una fiesta… Un baile al que sólo han invitado a los difuntos.

El hombre le miró como si no supiera qué responderlo. Quizá él lo sabía y optó por no hacerlo. El hecho es que no dijo nada y sé ausentó del depósito municipal de cadáveres, sin expresar el menor comentario.

Ethan Roark se quedó solo, con aquellos fríos, estirados y silenciosos «invitados». Solo entre los grises muros húmedos de la Morgue, por vez primera

acompañado por tantas decenas de muertos.

Intrigado, examinó la lista de los muertos, que acababan de entregarle y que él dejara en su garita de servicio. Detuvo su dedo en uno de los nombres allí inscritos, en la hilera de víctimas identificadas: Josuah Warren, verdugo. Londres.

—El verdugo… —comentó entre dientes—. Eso tiene gracia. Vino a ejecutar a Burns Muldoon… y resulta que el muerto es él… ¡y Muldoon escapa de presidio, andando suelto por ahí!

Soltó una carcajada, como si fuese el mejor de los chistes, y siguió leyendo. Otra vez se detuvo su dedo sobre un nombre determinado: Profesor Patrick Lloyd. Londres. Químico investigador.

«Mucha gente importante viajaba en ese tren —se dijo a sí mismo, sacudiendo la cabeza—. Pero la muerte es igual para todos».

Prosiguió con sus chuscos comentarios, mientras seguía tomando tragos y tragos de vino. Se interrumpió cuando alguien llamó desde la entrada del depósito nuevamente:

—¡Eh, Roark, ven acá! Te traemos un cadáver.

—¿Otro? —refunfuñó, poniéndose en pie de mala gana. Y al reconocer al hombre que le requería, exclamó con sorpresa—: ¡Vaya, si es usted, señor! ¿Qué hace por aquí nuestro jefe de policía?

—Ayudar a mi subordinado —habló agriamente Thorley Lawson, encargado de la ley en Selkirk—. Vamos, Knight, empuje un poco. Esa pobre chica pesa mucho. Por algo eran famosas sus formas en las calles de esta ciudad.

Entraron en el húmedo, lóbrego recinto. Roark contempló con asombro el cuerpo femenino, tendido sobre una camilla, bajo una sábana ensangrentada.

—Eh, si es Judy Danvers —murmuró—. Ésa no iría en el tren, ¿verdad?

—No, no iba en el tren. —Lawson miró ceñudo al encargado del depósito—. ¿La conocías?

—¿Y quién no conocía a Judy Danvers en Selkirk? Es… bueno, era una mujer pública… Acostumbraba a ir a La Corona y la Espada, en Southside. ¿Qué le ha ocurrido?

—La acuchillaron bárbaramente —explicó Knight, ceñudo, ayudado por su jefe en la tarea de trasladar el cuerpo. Roark les señaló el almacén, dedicado provisionalmente a depósito—. Como a las demás, ¿entiendes?

—Cielos… —Roark tragó saliva. Su abultada nuez subió y bajó—. Otra vez ese loco…

—Suponemos que sí —afirmó sombríamente el jefe Lawson—. Pero ha tenido que darse mucha prisa esta vez para llegar tan rápidamente a Selkirk. Parece que se evadió después de los once. Y sobre la una de la madrugada mataron a la chica.

—No podría ser otro el asesino, jefe. Selkirk no es una ciudad de criminales.

—No, claro que no. —El jefe Lawson arrugó el ceño—. Tuvo que ser Muldoon, claro está. Y sin embargo…

Dejó en el aire sus reflexiones en voz alta. Cuando estuvo acomodado el cadáver en condiciones provisionales, se volvió bruscamente Thorley Lawson al empleado de la Morgue y le soltó una pregunta inesperada:

—Roark, ¿conocías realmente bien a Judy Danvers?

—Bueno, yo… —Volvió a tragar saliva—. Más bien diría que… que me encontré con ella algunas noches que no estaba de servicio. Bebimos unas pintas de cerveza y… Oh, jefe, ¿va a obligarme a contar lo que un hombre hace de noche con una chica como Judy?

—No, claro —suspiró el policía—. ¿Cuándo fue la última vez que… que la viste en tales condiciones, Roark?

—Oh, ya hace algún tiempo. Unos meses, jefe Lawson. No quería líos con su amiguito, y opté por retirarme. Parece que la quería para él solo.

—¿Amiguito? —preguntó bruscamente Lawson, mirándole intrigado—. ¿A quién te refieres?

—Todo el mundo le conoce en La Corona y la Espada. Es un mozo estúpido. Se creyó que Judy era toda una conquista y terminó por enredarse con ella… Bueno, allá él. Es un mocoso que se las da hombrecito, eso es todo.

—¿De quién estás hablando exactamente? —quiso saber el agente Knight.

—Del hijo de nuestro alcalde, naturalmente. El jovenzuelo Damon, ese borrachín y jugador que se cree el amo del mundo… y es un degenerado Idiota, pero muy peligroso cuando bebe. Yo le he visto pelear con una navaja en su mano. Incluso los tipos del hampa temen a gente así, porque luego a los mozos como Damon Hyde les libran de problemas sus familias, sus influencias…

—Estás equivocado, Roark —silabeó el jefe Lawson, con repentina aspereza—. Si Damon Hyde tuvo algo que ver en la muerte de esa chica, no habrá ni nadie que le saque de apuros, te lo aseguro. De momento, su padre deberá ser informado de ciertas cosas.

Y salió airadamente de la Morgue, con su subordinado, el agente Knight. Roark se quedó nuevamente solo en su mundo de silencio, frío y gris penumbra con olor a carne muerta. Bebiendo vino en su garita de vidrio, como todas las noches de servicio. Acaso en esta ocasión en mayor dosis, dadas las circunstancias.

El reloj de parea de su garita, señalaba justamente las tres y media de la madrugada.

El horror se aproximaba implacablemente a Selkirk. Pero nadie, y él mucho menos, podía presentirlo. Ni siquiera sospecharlo.

*** * ***

—¿Cansada?

—Un poco, doctor. Sólo un poco —sonrió ella tristemente, tras un suspiro—. Creo que en cinco minutos estaré a punto para continuar la tarea.

—Nos quedan ya pocos heridos por atender —el joven doctor Doyle meneó la cabeza con desaliento—. A fin de cuentas, los más estaban muertos o agonizantes. Y por ésos no podíamos hacer ya nada.

La muchacha no dijo nada. Bajó la cabeza, mirando larga, penosamente, a los que yacían en las camas de la sala general inmediata, vendados y en reposo, recuperándose con más o menos dificultad de sus heridas.

Tras un silencio, su voz sonó apagada, pero con una cierta firmeza:

—No debe lamentarse por eso, doctor. Las fuerzas humanas tienen un límite. La ciencia también. Yo he sido enfermera en el Hospital de Infecciosos de Londres durante un año.

—¿Usted? —Enarcó Clifford Doyle las cejas, perplejo, estudiándola con renovada admiración—. ¿En Infecciosos? Es una dura prueba para una joven como usted, señorita…

—Flood —dijo ella—. Marnie Flood…

—¿Cómo soportó eso, señorita Flood? Ese hospital, los enfermos que alberga… Sé que esto es también horrible, pero no tenemos infecciosos, para evitar más problemas de los que la falta de higiene y de medios provoca ya aquí.

—Estudié para enfermera, doctor. Esa estancia en aquel horrible lugar era parte de las prácticas obligatorias.

—Dijo usted, al venir, que había sido enfermera, no que lo fuese. ¿Abandonó, acaso?

—Me obligaron a ello —sonrió con dulzura—. Voy a casarme.

—Oh, eso es diferente —la miró, sorprendido—. ¿Casarse? ¿En Londres, quizá?

—No —negó ella, con dulzura—. Aquí, doctor.

—¿Aquí? —Pestañeó Doyle con rapidez—. ¿En Selkirk? No lo entiendo… No imagino a nadie capaz de… de hacer buena pareja con una dama como usted, señorita Flood.

—Me halaga en exceso —ella sonrió, bajando los ojos con modestia—. Es muy agradable escuchar un comentario así, doctor, pero lo cierto es que conocía… a mi actual prometido en Londres durante unas vacaciones que pasó él allí… y nos comprometimos. Me rogó que viniese lo antes posible. No le avisé. He querido darle la sorpresa, llegando en ese tren nocturno. Pero hubo mala fortuna en el viaje, va lo ha visto.

—Pudo ser peor —se estremeció Doyle, mirándola muy fijo—. ¿Quién es el afortunado caballero, si no es indiscreción preguntárselo?

—Su nombre es Damon. Damon Hyde… Es el hijo del alcalde de Selkirk, ¿no lo sabía, doctor?

Clifford Doyle no llegó a responderle. El doctor Bakersland había aparecido nuevamente junto a ellos, manteniendo su fría mirada en la Joven, con capacidad suficiente, en apariencia, para desnudarla sólo con una ojeada. Marnie Flood enrojeció levemente y se apartó, al tiempo que el director del hospital y del

manicomio locales advertía secamente a su joven subordinado:

—Vamos, doctor, ya está bien de charlas y de reposo. Sigamos. Es preciso terminar cuanto antes con los heridos que faltan. Quiero estar descansando para el amanecer. Mañana tengo un día muy duró en el asilo de los alienados, doctor. Por cierto, quisiera que visitase el centro, aunque no sea labor suya la de psiquiatría… Puede serme muy útil en ciertos aspectos de la terapéutica de los pacientes allí recluidos… Ah, y por cierto, doctor Doyle, ello le servirá para obtener una paga más alta… y para que le proporcione antes el certificado de prácticas que necesita para establecerse en Londres como doctor.

—Muy amable, doctor Bakersland —se inclinó el joven galeno, fríamente cortés, sabiendo en su fuero interno que necesitaba, y mucho, de la cooperación y buenos servicios del doctor Silas Bakersland para terminar lo antes posible su período de prácticas médico-quirúrgicas con el mejor informe técnico posible, para establecerse en Londres de modo definitivo. Y añadió, tras una corta pausa en la que se notó su vacilación—: Iré al asilo de alienados mañana mismo. Espero serle útil.

—Yo también lo espero, doctor —la mirada de Bakersland se clavó de pronto en la joven enfermera. Ella rehuyó la mirada. Parecía molestarle y herirle el brillo acerado de aquellos ojos azules, fríos como los de un reptil—. Y usted, señorita, si es realmente enfermera titulada…, gustosamente la aceptaría en mi hospital, con el sueldo que usted misma eligiese, acorde con su trabajo…

—Lo siento, doctor —negó ella—. Hago esto por simple humanidad. Voy a casarme y he dejado ya la profesión.

—Es una lástima. Una verdadera lástima —juzgó el doctor Bakersland con un suspiro, apretando los labios en helado gesto—. Le deseo mucha suerte en su matrimonio.

—Seguramente la tendrá —dijo con rara entonación, algo seco, el doctor Doyle —. Su futuro esposo es el hijo del alcalde Hyde, doctor…

La mirada de Bakersland relampagueó. Pero no dijo nada. Absolutamente nada. Miró a ambos jóvenes con sorpresa y se encaminó a la mesa inmediata para atender a otros heridos.

En aquel momento, un fuerte griterío llegó de más allá de las vidrieras del hospital. Doyle levantó la cabeza, escuchando con atención. La joven enfermera también parecía fascinada por las voces. Ambos captaron obscenidades, insultos, imprecaciones… y alaridos. Alaridos de dolor, de angustia, acaso de agonía. La agonía de algún ser humano.

—¿Qué sucede en la calle? —rezongó el doctor Bakersland, malhumorado.

Uno de los enfermeros del hospital penetró entonces a la carrera. Se acercó al director del centro y le informó con voz entrecortada, casi sin aliento:

—¡Dios mío, doctor! ¡Es horrible! Le han encontrado. Lo están matando ahí mismo.

—¿Encontrado? ¿A quién? —preguntó con aspereza el prestigioso módico y

cirujano.

—¡A Burns Muldoon, doctor! Ese desgraciado demente… La gente, doctor… ¡Lo está linchando de un modo feroz!

* * *

Clifford Doyle evitó que Marnie Flood asomara al ventanal abierto a la calle. Saltó la escasa altura y despeinado, con gesto crispado, corrió hacia la multitud que, enfurecida, rodeaba a un hombre, pisoteándole, golpeándole con palos y hierros, aplastándole a pedradas y a patadas, sobre el húmedo empedrado de la calle.

—¡Quietos! —Rugió el joven—. ¡Quietos todos, por el amor de Dios! ¿Es que se han vuelto locos? ¿Qué clase de salvajismo es éste? Ese hombre merece ser respetado, conducido de nuevo a la penitenciaría de donde escapó. Nadie puede, tomarse la justicia por su mano y asesinar cobardemente a un ser humano.

—¡Fuera, doctor, no se meta en esto! —rugió uno de los linchadores, volviendo hacia él un rostro crispado, unos labios convulsos, babeantes, unos ojos dilatados, inyectados en sangre, en los que se leía el odio, la ira, la sed de revancha digna de un animal.

—¡Esa bestia maldita de Muldoon asesinó esta noche a otra mujer, a la pobre Judy Danvers! —gritó otro, exaltado—. ¡Merece el castigo dé una vez por todas, maldito sea! ¡Debe morir!

Doyle no les hizo caso a ninguno. Se abrió paso a empellones, a golpes incluso. Alguien trató de lanzar contra su cabeza una barra de hierro. La arrancó de un tirón violento, y aplastó su puño en el mentón del adversario, arrojándolo por el suelo, dando tumbos, con la boca ensangrentada.

—¡Vamos, fuera, fuera todos! —gritó el médico, exasperado, llegando hasta el cuerpo informe, la piltrafa sanguinolenta que era ya Burns Muldoon, el convicto evadido de la prisión pocas horas antes de la señalada para su ejecución—. ¡Dejen de portarse como bestias feroces y traten de recordar que son seres humanos, aunque empiece a dudarlo, y mucho!

El doctor Bakersland, más tranquilo, sin arriesgarse en absoluto, avanzaba ya hacia el grupo, con su bata blanca manchada con la sanare de los heridos, para apoyar con su presencia la acción temeraria de su joven colega.

Por otro lado de la calle, aparecieron el jefe Lawson y su subordinado, John Knight, el agente de la ley. Éste hizo un disparo al aire con su revólver, y eso forzó a muchos de los linchadores a apartarse del lugar donde yacía, con sus ropas llenas de sangre y barro, con el rostro tumefacto y gravísimas heridas en cráneo, espalda y torso, el infortunado Burns Muldoon, un gigantón de mucho más de seis pies de estatura y enorme corpulencia.

Pero su agresividad enfermiza y su poder físico, de nada habían servido frente al ataque masivo de los ciudadanos de Selkirk, apenas fue localizado y reconocido en

sus calles.

Clifford Doyle se arrodilló junto al caído. Examinó sus ojos, tino de ellos virtualmente extraído de su cuenca, vaciada a golpes salvajes. La nariz era un amasijo quebrado, la boca un hueco sangrante y negruzco, y sus manos y cuello ofrecían cortes, llagas y heridas causadas con las botas y zapatos de los linchadores.

Le bastó un breve examen para comprobar que estaba ya agonizando. Nada ni nadie podía salvar la vida de Muldoon. Su vida se extinguía, víctima de una paliza despiadada y cruel como pocas.

El único ojo ileso del evadido se clavó en Doyle con fijeza, mientras sus labios aplastados trataban de moverse modulando alguna palabra. Y lo cierto es que logró pronunciarla, entre espumarajos sanguinolentos. Clifford la captó con dificultades:

—Inocente…, inocente…, inocente… —repitió.

—Muldoon, soy el doctor Doyle —susurró el joven galeno, cerca del rostro informe del desdichado—. Quiero ayudarle. Si es realmente inocente, le ayudaré a salvar su vida. Ahora le llevaré al hospital. No, no al de los alienados. Está usted herido, no enfermo. Yo le atenderé…

—Usted… usted… —Logró farfullar el herido—. Sí, doctor… Usted, sí… Pero no el… el maldito… doctor Bakersland… Yo… yo soy… un pobre enfermo… No un asesino… Yo no… no maté nunca… a nadie…

—Le creo, Muldoon. —Doyle se mostró impresionado por aquella extraña confesión del moribundo—. Le creo y voy a atenderle…

—No… no puede… hacer nada… —musitó entre un vómito negruzco—. Esto se… termina… Gracias, doctor. Gracias…, amigo…

Otro vómito. Y todo terminó. La cabeza de Muldoon cavó atrás y golpeó sordamente el pavimento. Estaba muerto.

Clifford Doyle respiró hondo. Se incorporo despacio. Sus pantalones estaban manchados de barro y sangre. No le importó demasiado. Nada importaba cuando una vida había sido sacrificada estúpidamente. Contempló el cadáver casi irreconocible. Luego, giró la cabeza. Miró en silencio a los linchadores que, como avergonzados, se iban dispersando ya. El jefe Lawson se aproximó a Doyle.

—Ha sido muy valiente, doctor —ponderó—. Yo diría que realmente temerario… Pero veo que no pudo hacer nada. La ira popular fue más fuerte en esta ocasión, por desgracia para la ley. ¿Le dijo algo ese infeliz?

—Sí —afirmó el médico—. Que era inocente.

Y sus ojos, tras resbalar tristemente sobre los rostros sorprendidos de Lawson, de Knight y del doctor Bakersland, se volvieron hacia la ventana del hospital en la que, pese a todo, estaba asomada ya la enfermera Flood Muy pálida, muy impresionada. Pero muy serena también.

CAPÍTULO IV

The Crow and the Sword había cerrado aquella madrugada más tarde que nunca.

Entre el asesinato de Judy Danvers, que conmovió a todo el barrio, el siniestro ferroviario y todo lo que siguiera, y el linchamiento final de Burns Muldoon, que parecía culminar así en una nueva tragedia la sangrienta noche de Selkirk, Penélope Blight, la rolliza y pelirroja cantinera, echó el cierre muy tarde.

Tan tarde, que tuvo tiempo de asistir a una escena violenta y difícil, aunque de una violencia muy distinta a los demás sucesos acaecidos hasta entonces en Selkirk.

Era justo cuando echaba el cierre a la cantina, y uno de sus últimos clientes, totalmente ebrio, abandonaba el establecimiento, tambaleándose y farfullando cosas incoherentes.

Ese cliente era el joven Damon Hyde, el hijo del alcalde.

—Buenas noches, Damon. ¿O debería darte mejor los buenos días, dado que ya pasan de las cuatro?

La voz grave, áspera, brotó de la niebla ante la fachada misma de la cantina. Penélope Blight dejó de ocuparse del cierre para clavar sus ojos en la figura alta y severa del alcalde Francis Hyde, repentinamente surgido ante su disipado hijo, apoyándose en un bastón de negra madera, cuidadosamente abotonado su abrigo gris oscuro.

La borrachera de Damon Hyde se evaporó como por ensalmo. Su rostro, joven y macilento, tomó una lividez casi cadavérica. Los ojos giraron alocadamente en sus órbitas.

—Padre… —jadeó, con voz ronca—. Padre…, ¿qué… qué haces a… a estas horas…, por aquí?

—Eso es lo que yo te pregunto: ¿qué haces tú, mientras el resto del pueblo lucha por salvar vidas, maldito bribón? Me avergüenza de que seas mi hijo. Ya no basta con saber que bebes hasta la indignidad, sino que estás liado con fulanas de la peor calaña, en un vil concubinato, indigno de una persona honesta y de buena familia… Damon, has estado mezclado con una prostituta de baja estofa, como Judy Danvers, a la que un loco posiblemente el propio Burns Muldoon, ha asesinado esta noche en una callejuela. ¡La policía te busca para interrogarte, en relación con ese crimen! ¿Qué clase de hijo he tenido para que, siendo yo el alcalde de esta ciudad, tenga que soportar semejante afrenta, tenga que responder ante la sociedad y ante la propia ley, por un hijo despreciable como tú?

—Pupa… Papá, no entiendo —comenzó a sollozar, de repente, dando un paso atrás ante el gesto iracundo de su padre.

Éste, rápido, avanzó hacia él y le abofeteó repetidamente, hasta oírle pedir clemencia, como un niño. La pelirroja y exuberante Penélope trató de decir algo, pero la mirada fría del alcalde Hyde la fulminó sin pronunciar palabra, y la cantinela se

metió rápidamente en su establecimiento, terminando por echar el cierre, mientras un sollozante, humillado Damon Hyde se alejaba, bajo la amenaza de su severo padre, en la niebla dé las callejuelas de aquel barrio popular y de mala fama de Selkirk.

—Infierno de hombres… —rezongó la matrona pelirroja, hinchando su voluminoso pecho—. Siempre están creando problemas. Unos, por degenerados, como ese jovenzuelo Damon… Otros, por demasiado puritanos, como el maldito alcalde Hyde… ¡El diablo se los lleve a todos!

* * *

Pese a la agitada noche, había personas que tenían la ineludible obligación de madrugar más que otras. Así, con muy pocas horas de sueño encima, tenían que reintegrarse a su tarea habitual, olvidándose de los sucesos trágicos que mantuvieron en vilo durante más de tres horas a toda la población de Selkirk.

Una de esas personas era Ed Lukas. Su tarea habitual era pescar en una zona del río, y la abundante pesca era su modo de vida, tras venderlo a la hostería local y a algunos particulares, amantes del buen pescado fluvial.

Otra persona era Sally Spencer, la recia mujerona de cabellos negros, brazos musculosos y torso de gigante en compañía de su inseparable barreño de ropa para lavar. Muy de mañana, antes de las primeras luces del alba, ambos personajes, cada uno en un diferente punto del río Tweed, se estacionaban para sus respectivas labores. En esta época del año, y con las nieblas y las noches oscuras y largas, pasaban casi tres horas antes de que llegaran a vislumbrar las primeras luces del día. No era una tarea cómoda ni amable, pero era su modo de vivir, y lo hacían gustosos.

Como muchas otras veces, Ed Lukas y Sally Spencer se cruzaron en las proximidades del puente. Uno enfilaba hacia su lado norte, y el otro hacia el sur. Se detuvieron un momento. La niebla era menos densa, pero en cambio el frío era mucho más intenso. Al hablar, el vaho surgía abundante de sus labios.

—¡Vaya noche, señora Spencer! —comentó Lukas, sacudiendo la cabeza.

—Horrible —admitió la matrona, cargada con su gran recipiente de ropa sucia, el jabón y los útiles de lavado—. ¿Vio llegar a los muertos y heridos? Era algo espantoso. Oí sus quejas, sus gritos… Dicen que la mayoría murieron en el choque.

—Y no sólo eso, sino que Muldoon, el loco, escapó de prisión y asesinó a cuchilladas a otra pobre chica de mala vida… Luego, la gente linchó a Muldoon. Ahora, todos ellos están en la Morgue, maldita sea… ¡Vaya baño de sangre para Selkirk, señora Spencer!

—Creo que la Impresión me durará mucho tiempo, señor Lukas —suspiró ella—. Esperemos que nunca más vivamos algo parecido… Cuando sea de día, vamos a pensar que tuvimos una auténtica pesadilla.

—Lo malo es que no lo soñamos —sentenció el pescador, echando a andar, con sus útiles al hombro, su cesto en el brazo y su pipa de brezo colgando de los labios,

con el tabaco apagado—. Bien, señora Spencer, hasta mañana…

—Hasta mañana, señor Lukas…, y buena pesca.

—Gracias, señora Spencer.

Se alejaron uno de otro. Siguiendo cada cual su camino. Como cada noche, desde hacía ya muchos años. Esperando verse de nuevo a la madrugada siguiente. Y a la otra. Y así durante muchos más años…

Ambos ignoraban que sería la última vez que se cruzarían sus caminos. La última.

Porque el horror, la pesadilla que imaginaban había pasado ya, no había siquiera comenzado. Todo lo que hasta entonces ocurriera en Selkirk, era solamente el principio.

El prólogo sangriento de un hecho mucho más terrorífico y enloquecedor.

Algo que les estaba reservado a ellos en primer lugar. Y eso, ciertamente, no iba a ser ningún privilegio.

*** * ***

El pescador Ed Lukas suspiró filosóficamente, siempre a la espera de que su caña respondiese con el ansiado tirón que significaba una nueva pieza pescada, ya fuese una trucha, un barbo o una carpa, que de todo ello podía ser en aquel paraje del río.

Encendió su pipa de brezo por enésima vez, y contempló las oscuras aguas que poco más abajo servían de lecho fatídico todavía a muchas decenas de viajeros del correo de Londres. La sola idea de que los peces del río pudieran estar nutriéndose de carne humana en osos momentos, en un macabro festín, hubiera producido náuseas a cualquier otro. Pero Ed Lukas era un veterano de la pesca. Él sabía que los peces se alimentan de todo, y no siempre de lo que a uno le parece aséptico y limpio. Los cadáveres eran buen alimento para ellos. Lo peor es que ese festín podía dejarles ahítos y rehuir así el anzuelo y su cebo. Era un riesgo a correr que posiblemente significase mucha menos pesca que de ordinario.

Miró a sus pies. Cuando se había sentado en aquel recodo del río, por el que la corriente pasaba vertiginosa entre peñascos, había descubierto aquel curioso trozo de frasco de vidrio. Era la parte alta, con el gollete y un tapón lacrado, intacto. El lacre del tapón tenía grabadas las iniciales P. L. A Ed Lukas eso no le dijo nada concreto. Pero el frasco, de un bello y grueso vidrio rojo, de una forma especial, abombada, resultaba llamativo, aun estando roto. Se imaginó que sería algún resto del descarrilamiento. Algún frasco de costoso cosmético o algo parecido.

Siguió a la espera pacientemente. La caña seguía inmóvil, el sedal fláccido. No picaban aún. Pero él esperaba. Esperaba siempre. No tenía prisa. Era paciente, como buen pescador, experto de esas lides.

De repente, descubrió la agitación de las aguas. Alzó la cabeza, sorprendido. Aquel remolino no lo producía la corriente. Ni tampoco un pez, por supuesto. Tendría que haber sido un atún gigantesco, y en ese punto no había tal clase de pesca.

El remolino se hizo fangoso. Algo comenzó a moverse en la superficie, a emerger de las aguas… El pescador, con su fanal de aceite al lado, para alumbrar en la madrugada oscura, fría y neblinosa, clavó los ojos en el lugar. Pestañeó, atónito.

—Dios, ¿qué es eso? —masculló, aturdido, entre dientes.

La claridad amarillenta, irregular, tras el vidrio manchado de humo, se reflejó en fas tenebrosas aguas agitadas, en la cosa que emergía de ella, lentamente, con rara calma, pero de un modo inexorable.

Era una forma increíble. Pero no iba sola. Tras ella, otro remolino, en las aguas, se formaba, dejando asomar a algo, a alguien más… Y así tres, cuatro, cinco veces, en tres, cuatro, cinco lugares distintos. O en diez. O en veinte.

Ed Lukas se incorporó aterrorizado, soltando su caña. Derribó la banqueta que ocupaba en el borde del río. Sus ojos estaban a punto de saltar de sus órbitas. Retrocedió, angustiado, incrédulo, mientras las cosas emergían del río, se alzaban terroríficamente ante su mirada despavorida, y empezaban a andar hacia él, a moverse de forma espectral, increíble.

—No… no puede ser… —gimió Ed Lukas.

Trató de echar a correr. Le fue imposible. Tropezó en el fango y las piedras de la orilla, cayendo cuan largo era al borde del rio. Chapoteos siniestros, a su espalda, demostraban que aquello seguía moviéndose, avanzando, acercándose a él…

Giró la cabeza. Chilló horriblemente, con faz descompuesta.

Unas sombras ominosas se proyectaron sobre él, cuando la llama bailoteante de su fanal, olvidado en el suelo, las recortó dantescamente en la noche neblinosa.

Y el horror surgido del río cayó sobre el infortunado pescador. Un alarido atroz escapó de la garganta del pobre Lukas. Una serie de sonidos, de chasquidos espeluznantes, surgieron de aquel lugar donde se agrupaban sombras alucinantes, en torno a un cuerpo caído…

La espantosa ceremonia sin testigos se consumó en un silencio escalofriante, salpicado de crujidas, de un extraño batir de mandíbulas fantasmales, de una delirante orgía de sonidos roncos, de gorgoteos siniestros e indescriptibles…

*** * ***

Era raro.

Estaba segura de que no era ella quien chapoteaba en las aguas del río con su colada. Había sonado más al interior, en el centro del cauce de agua. Como si algo se removiera en el Tweed. Aleo fuerte, indudablemente, para agitar de ese modo las aguas oscuras y turbulentas.

Escudriñó a través de la neblina, que iba cediendo paulatinamente, a medida que la madrugada caminaba lentamente hacia su final. Observó con dificultad la agitación de las aguas turbias, allá frente a ella, a cosa de diez o doce yardas de la orilla.

Dejó de lavar, sorprendida. Era demasiado fuerte la agitación en ciertos puntos.

Agudizó más su mirada, en busca de la causa de tal anomalía. En todos los años que llevaba allí lavando, no recordaba algo semejante, excepto una vez en que una crecida tumultuosa del río, a su paso por Selkirk, produjo algunos remolinos profundos y peligrosos, que causaron algunas víctimas.

Pero esto de ahora, con el tiempo en calma, sin lluvias ni vendavales, no tenía clara explicación. Al menos, no para Sally Spencer.

Bruscamente, algo emergió del rio. Algo extraño, insólito. Parecía… parecía un ser humano, saliendo de las aguas, pero con una extraña rigidez, como si fuese una estatua de piedra o algo así.

No, no era de piedra. Se movía. Movía sus piernas, sus brazos… Estaba saliendo por completo, andando hacia la orilla, por la parte vadeable ya. El nivel del agua descendía en torno a su estatura. Ya era visible su cintura, sus caderas, sus piernas…

Atónita, la señora Spencer descubrió jirones de ropa sangrante en torno a aquel cuerpo que brotaba del río Tweed. Y mutilaciones en el cuerpo. E incluso en… ¡en el rostro!

Aquel hombre, a la claridad difusa de las estrellas, que iban saliendo ya, allá entre desgarros de nubes plomizas… ¡tenía parte del rostro destrozado! Y sin embargo, se movía pausada pero inflexiblemente, avanzaba con una rigidez extraña, inquietante, hasta pisar la orilla del río, cerca de ella.

Los cabellos de la señora Spencer se erizaron cuando descubrió lo que sucedía en el río. ¡Más remolinos, más sombras, más bultos emergiendo, en movimiento! ¡Y eran… eran también seres humanos, cuerpos rígidos, en movimiento… en movimiento hacia ella!

Lanzó un grito agudo. Un grito cuajado de horror, de angustia. Porque los cuerpos que salían del agua, además de tener sus ropas destrozadas, mostraban manos, brazos o piernas mutilados o rotos, rostros aplastados o deformes, enormes boquetes y heridas en sus cuerpos, hasta el punto de tener casi perforado uno de ellos su vientre.

—¿Qué… qué significa…? —Sollozó la pobre lavandera, incorporándose aterrada—. ¿Quiénes son ustedes?

No respondieron. No hablaron. No despegaban sus labios. Algunos, ni siquiera tenían ya labios. Uno de ellos tenía el cráneo aplastado, y sé le veía la mitad de su masa encefálica destrozada. Era un espectáculo repugnante y horrendo verles avanzar, pisar torpe y rígidamente el suelo fangoso, cada vez más cerca de ella, rodeándola en un cerco de terror sin precedentes.

—¡No, no! —chilló la mujer, tratando de evadirse—. ¡No puede ser! ¡Parecen… parecen todos cadáveres! ¡Sí, eso es lo que son! ¡Están muertos, todos han muerto y yacían en el lecho del río! ¡No puede estar ocurriendo esto, Dios mío!

Pero ocurría. Y aunque forcejeó, aunque sus brazos rollizos, musculosos, habituados a estrujar y batir la ropa rudamente, golpearon y derribaron o apartaron de sí a algunos de aquellos seres alucinantes, la mayoría de aquel grupo dantesco, de más de una docena de criaturas de pesadilla, cayó sobre ella.

Gritó, aulló, desesperada. Sintió un fuerte dolor en su cráneo cuando manos rígidas, algunas descamadas, mostrando huesos astillados, sangre, carne desgarrada, ausencia de dedos incluso, se apoyaron en ella.

Y comenzaron a presionarla, a oprimir con fuerza inaudita y creciente su cabeza. Un escalofrío de horror agitó su cuerpo, una idea espantosa se abrió camino hasta su mente, dolorida ya por aquella presión colectiva e insoportable.

¡Querían aplastarle el cráneo! ¡Quebrar su cabeza como si fuese un fruto maduro o un simple huevo!

Y lo peor es que estaban lográndolo. Un dolor profundo, indescriptible, llegó a hacerla enloquecer, emitiendo aullidos ya casi inhumanos. Luego, de súbito, su cráneo cedió. Chascó el hueso como simple yesca seca.

Dejó de sentir. Cayó al fango, en una agonía delirante y horrible. Manos monstruosas, implacables, desgarraban aquella cabeza, en busca de algo… Algo que estaba dentro de aquel cráneo roto.

*** * ***

Susan Hyde se enjugó el llanto que humedecía sus ojos grises y tristes. Su rostro de dama aristocrática, anguloso, pálido y sereno, revelaba dolor. Y amargura. Y humillación, quizá.

Miró de soslayo a Damon, que sollozaba, apoyada su cabeza en el secreter. Luego, a la figura severa e inexorable de su esposo, Francis Hyde. Solamente pronunció unas pocas palabras, con voz apagada, cuajada de tristeza:

—Francis, querido, ¿es necesario ensañarse más en él?

El alcalde de Selkirk clavó su fría mirada en la esposa dolorida. Replicó con acritud casi violenta:

—¿Es que todavía piensas defender a ese desgraciado que deshonra el nombre de los Hyde en los peores tugurios de la ciudad, y se arrastra entre alcohol, juego y mujerzuelas de la peor laya? ¿Es ésa la clase de hijo que habíamos deseado ver cuando fuese ya todo un hombre, Susan?

—Francis, hay que censurar, castigar incluso. Estoy de acuerdo en eso, porque Damon se ha portado mal, y, lo que es peor, de modo torpe e impropio de un muchacho como él. Pero debe existir también el perdón para los errores, sean éstos cuales fueren. No podemos ser jueces, fiscales y verdugos, Francis. Hay que esperar que, con un mínimo de comprensión, él mismo reaccione a tiempo y rectifique su conducta. Con más motivo, después de haberse comprometido con una muchacha como ésa, la joven londinense…

—Mucho me temo que si esa joven supiera la clase de marido que Iba a tener, renunciase a la boda de modo definitivo, querida —silabeó el alcalde Hyde, con ira —. Pero eso no es todo. Soy el alcalde de ésta ciudad. Estoy luchando por combatir la prostitución que infecta nuestros barrios extremos, sin conseguirlo nunca totalmente.

Espero ser reelegido en las próximas elecciones, y el hecho de que mi propio hijo haya sido el amante de una cualquiera, y haya arrastrado su embriaguez por esos tugurios y callejas, puede arruinarme mi carrera, hundirme definitivamente. ¿No te das cuenta?

El reloj del salón desgranó lentamente cinco campanadas. La madrugada iba despacio hacia su final. Antes de dos horas empezaría a despuntar el nuevo día. Pero en casa de los Hyde no se dormía esa noche. Los problemas eran graves para Damon, para su madre y, sobre todo, para su padre, primera autoridad local.

—Vete a la cama, Damon —habló la madre, con tono sereno—. Creo que no resolvemos nada permaneciendo más tiempo aquí, en esta discusión. Mañana hablaremos cuando los ánimos se hayan apaciguado un poco. Creo que te darás cuenta de lo que significa para tu padre este error tuyo, esta vida vergonzosa que se ha descubierto, cuando te imaginábamos muchas noches en el club social o en el centro de jóvenes de Selkirk. Pero no debemos seguir discutiendo ahora. Ve a descansar, hijo. Tu padre y yo trataremos este asunto serenamente.

—Sí, madre —dijo roncamente Damon, alzando su pálido rostro, de enrojecidas ojeras en torno a sus ojos, ya despejados de los turbios velos del alcohol—. Buenas noches. Estoy seguro de que las cosas aún tienen arreglo… siempre que mi padre muestre menos rigidez conmigo de la que hasta ahora ha ejercitado. Tal vez mucha culpa de todo esto, de mis errores y de mis culpas mismas, sea también suya…

—¡Damon! —Rugió Francis Hyde, alzando su negro bastón de empuñadura de plata, con gesto agresivo, colérico hasta el límite—. ¡Te prohíbo que vuelvas a decir cosas así, desgraciado! ¡Eso es de un cinismo vergonzoso!

—Ya basta, Francis —cortó su esposa—. Ve ya, Damon, y no hables más. No es con mutuos reproches con lo que solucionaremos este asunto.

—Sí, mamá —asintió dócilmente el joven, una vez más, besando a su madre y saliendo de la estancia, bajo la mirada furibunda de su padre.

El matrimonio se quedó solo. Se miraron el uno al otro, en silencio. Hubo una frialdad evidente en la atmósfera del salón.

—Estarás contenta de tu actitud, Susan —silabeó el alcalde, irritado—. Te has puesto declaradamente al lado de tu hijo, envalentonándolo aún más. ¡A él, que sólo ha demostrado ser un degenerado y un irresponsable!

—Francis, eso ha ocurrido y ya no tiene remedio —suspiró su mujer, acercándose a él—. Lo que hemos de procurar ahora es evitar que esto empeore sin remisión. No será con dureza y con rigidez como salvaremos a Damon. Quizá él tuvo razón al decir que tu propia intolerancia en su educación, ha degenerado en esto para evadirse de un clima que le asfixiaba en su casa.

—¡Susan, ya basta! ¡No tolero que me culpes a mí de algo tan vergonzoso!

—No te culpo de nada. Trato de comprender a Damon, de evitar que se desvíe hacia algo peor y más peligroso, y…

Se detuvo la señora Hyde, cortada su voz por el alarido y el estrépito de vidrios

que acababa de llegar desde la calle. Clavó sus ojos asustados en su esposo. Éste la miró un momento, desconcertado, antes de echar a correr hacia un ventanal y abrirlo, buscando el origen de aquel grito.

Sus pupilas se clavaron ahora en los ventanales azulados de un sombrío edificio situado al otro lado de la calle, a alguna distancia de su casa. Creyó descubrir un gran destrozo en una de las vidrieras. Se volvió, muy pálido, a su mujer.

—Ha sonado en… en la Morgue, Susan —murmuró—. ¿Qué puede estar ocurriendo allí? ¡Avisaré inmediatamente a la policía! ¡No te muevas de aquí, querida!

—Francis, ten cuidado —le avisó ella, cuando ya el alcalde de Selkirk abandonaba precipitadamente la estancia, justo cuando del edificio del depósito de cadáveres emergía un nuevo grito humano, de terror infinito, de suprema agonía…

CAPÍTULO V

Nunca había creído que fuese capaz de sentir miedo. Menos aún, conocer el escalofrío del supremo terror.

Sin embargo, ahora lo supo. Durante unos momentos alucinantes, conoció la peor experiencia de su vida entre difuntos. Y la última.

Ethan Roark había levantado la cabeza de su mesa, dejando de dormitar, junto a la botella casi vacía de vino y el periódico arrugado, que dejara de leer al ser atacado por el sueño causado por las emociones de la trágica noche y por los efectos del vino, naturalmente.

El reloj marcaba un minuto menos de las cinco de la madrugada. No era su frío y monocorde tictac lo que le había sacado de su sopor, estaba seguro. Era otra clase de ruido.

Pero allí, en la Morgue, nunca había ruidos. Sus clientes nunca hablaban, nunca se morían.

Se incorporó. Se acercó a la vidriera esmerilada. Abrió la portezuela, mirando al vacío corredor, lóbrego y frío. No vio a nadie. Por tanto, el ruido no pudo producirlo nadie que visitara el recinto municipal, como Roark pensara en principio.

—Y sin embargo, he oído un ruido aquí dentro —se dijo en voz alta. Estaba convencido de ello, quizá precisamente por la poca costumbre de escucharlos cuando sólo los muertos le acompañaban—. ¿Qué diablos pudo producirlo?

El silencio no era una respuesta. Nunca lo era. Se encogió de hombros, disponiéndose a regresar al cubículo, y seguir dormitando, a la espera del nuevo día. Con la aurora, otro funcionario municipal le suplirla en aquella tarea de guardar las hileras de cadáveres en el depósito.

No llegó a regresar a su asiento. Algo lo impidió.

Era un nuevo ruido. Y procedía del auténtico depósito, de la gran sala desnuda, donde reposaban los cuerpos en mesas y suelo…

—No entiendo —farfulló—. Las ventanas están enrejadas, nadie puede introducirse desde el exterior.

Tomó su lámpara. Echó a andar hacia la puerta de acceso ni depósito. Ya por el camino captó un nuevo chirrido dentro del recinto. Y hasta un sonido como de pasos.

Otra persona, en su puesto, hubiera sentido terror por aquella señal de vida en un mundo de difuntos. Roark, no. Él sabía que los muertos no hacen ruido. No tenía nada que temer de ellos. Estaba familiarizado con el frío, la rigidez y el céreo color de los difuntos. Nunca temió nada de ellos. Lo demás eran supersticiones y miedos infantiles.

De modo que llegó y abrió la puerta vidriera, asomando con su luz a la sombría, larga sala inhóspita, de muros chorreantes de humedad, de altos ventanales enrejados, de mortecinas luces en unas hornacinas, dando un resplandor fantasmal a los bultos

blancos e inmóviles.

Pero esta vez no había bultos blancos ni inmóviles. Ethan Roark desorbitó sus ojos, sin dar crédito a lo que veía. Por primera, por única vez, tuvo miedo a los muertos. Pero ya era tarde. Había ido demasiado lejos.

Las sábanas yacían, arrugadas y sangrientas, al pie de las mesas de mármol. Los muertos, hombres o mujeres, niños o ancianos, no estaban en su lugar. No reposaban.

Pese a sus heridas tremendas, a sus mutilaciones, a sus rostros descamados, ensangrentados a veces, destrozados en ocasiones, estaban avanzando hacia él. Moviéndose. Dando pasos rígidos, de autómatas. Mirándole con ojos horribles, vidriosos, de extraña expresión.

—¡Nooooo! —chilló, horrorizado, Roark. Y al retroceder, empujó con tal furia la hoja de madera y vidrio, que éstos se destrozaron, cayendo en pedazos al interior del depósito.

Echó a correr, despavorido, corredor adelante. Un sonido monocorde y espeluznante llegaba a sus espaldas. Los muertos avanzaban, avanzaban… Le estaban acorralando contra el muro del fondo, donde sólo se abría una enorme vidriera… protegida por barrotes de hierro.

Aterrado, al ver salir a los muertos vivos al pasillo, al sentirlos tras de sí, como una amenaza increíble pero real, el hombre habituado a convivir con los difuntos, a mirarlos sin miedo y sin aprensión, se enojó contra aquella gran vidriera, en la que se estrelló con un aullido inhumano, despedazando la amplia cristalera, sin lograr otra cosa que rebotar, malherido, con sangre en su boca, nariz y manos, cayendo al suelo, donde se debatió, medio inconsciente, mientras los monstruos humanos, los muertos resucitados de la Morgue, implacablemente, llegaban ante él, le rodeaban, dirigían sus manos engarfiadas, como zarpas o como pinzas de acero recubiertas de piel humana color cera, hacia… su cráneo.

Chilló, chilló, chilló…

Todo estéril. Todo inútil. Su cráneo cedió. Su cabeza pareció estallar bajo aquella presión demoledora de las manos de ultratumba…

Su último estertor coincidió con el desgarro de su cabeza, a manos de aquellos autómatas llegados de más allá de este mundo, convertidos en simples piltrafas humanas, poco antes alineadas en la Morgue para ser sepultadas.

Ethan Roark rodó por el suelo, como un pelele, cuando su masa encefálica quedó en manos de sus atacantes de las sombras, chorreando sangre, desgajada, fofa y palpitante.

Aquellas manos, en un festín escalofriante, llevaron los fragmentos de cerebro aún en vida hada sus bocas tumefactas y deformes…

Lo demás, por fortuna, no tuvo más testigos que aquellos muros desnudos, chorreantes de filtraciones, y aquellas luces inciertas, azuladas, de gas urbano, llameando tenuemente en los sombríos rincones, agrandando las sombras hasta dimensiones monstruosas.

Tan monstruosas como lo que allí estaba sucediendo en aquella madrugada de terror, de apocalipsis.

Luego, los muertos, goteando sangre sus bocas, se dirigieron a las salidas de la Morgue.

* * *

Francis Hyde, alcalde de Selkirk, se detuvo en medio de la calle, con una expresión de terror infinito en su rostro. Dio unos pasos atrás, incluso.

Las puertas de la Morgue habían cedido a impulsos de algo o de alguien. Sombras rígidas, espectrales, salían del depósito municipal de cadáveres, moviéndose torpemente, pero con seguridad y firmeza, hacia alguna parte. Ni siquiera le habían visto a él. La calle estaba demasiado oscura para eso. Se dispersaban en varias direcciones. Todos eran cuerpos de ropas mojadas de agua, fango y sangre. Llenos de heridas. De mutilaciones, de amputaciones atroces… De rostros escalofriantes, de miembros descamados o rotos.

—No, no —susurró, mortalmente pálido, temblando como si estuviera envuelto en hielo puro—. No es posible lo que veo. Son… son ellos… Los muertos… ¡los cadáveres de ese descarrilamiento! ¿Qué está sucediendo aquí?

Había dos cosas a hacer. Enfrentarse a los monstruos o huir. Dudó un momento. La puerta de la Morgue estaba ya de par en par. Al fondo de un corredor mal alumbrado captó una siniestra forma sangrante, como descabezada. Creyó identificar las ropas parduzcas de Ethan Roark, el guardián de noche, abatido al pie de la vidriera rota.

Y la prudencia, el sentido común, su frío dominio de sus emociones, indujo al alcalde a correr, despavorido, hacia el lado opuesto a aquél donde ahora veía a los cuerpos de los muertos resucitados. Y haciendo el menor ruido posible en su carrera… Porque presentía que podía ser oído, perseguido, acaso… acaso atacado y destrozado, como intuía que le había ocurrido al bueno y torpe de Roark.

Penetró en su casa a la carrera. Apenas lo hubo hecho, casi sin aliento, atrancó la puerta por dentro, pasó todos los cerrojos y pestillos que poseía. Luego corrió escaleras arriba, se enfrentó a su esposa, muy pálida, muy impresionada, pero sin saber exactamente lo que estaba sucediendo en Selkirk en aquellos momentos.

—Francis, cariño… —musitó ella—. ¿Qué os lo que ocurre? ¿Qué has visto?

—Fantasmas, Susan. Los fantasmas más espantosos imaginables… —Casi sollozó su marido, rota por vez primera su normal serenidad, su control de sí mismo.

—Francis, por el amor de Dios, es… es como si hubieras visto al diablo…

—Peor, Susan. Infinitamente peor. Son ellos…

—¿Ellos?

—Los muertos… ¡Los cadáveres, Susan!

—Pero ¿de qué hablas? —Su gesto reveló que temía un acceso demencial en su

marido—. Eso no tiene sentido, Francis. ¿Qué cadáveres, qué muertos?

—Los del tren… Todos… ¡Todos, Susan! Incluso… incluso el verdugo de Londres… Los he visto. Y también a esa chica, Judy Denvers, toda acuchillada… ¡Y a Burns Muldoon, con su cuerpo pisoteado, su cara aplastada, su ojo colgando de la órbita!

—¡Por el amor de Dios, no sigas! —Ella se tambaleó, aferrándose a un cortinaje con mano crispada, cérea como la de cualquiera de aquellos muertos—. Francis, ¿qué locura es ésa? No querrás darme a entender que los muertos… que ellos pueden…

—¿Andar? ¿Moverse? ¡Sí, Susan! —Casi chilló histéricamente su marido—. Es la primera voz que veo tal cosa. La primera, Dios mío… Roark está muerto, creo que destrozado… No sé lo que pasa, pero lo cierto es que pasa. Ellos… ellos han abandonado la Morgue por su propio pie. Mira por esos ventanales, si quieres. Pero con cuidado. Apaga las luces. Temo… temo que es el principio de algo espantoso, de un azote aterrador, de algo que no podemos entender, pero que está ahí… Si nos ven, puede que… que vengan a la casa… Pronto, apaga. No dejes una sola luz encendida. Vigilemos, Susan. Puede que busquen en todas las casas de Selkirk pero son muchas. Eso significa alguna ventaja, algún tiempo ganado… ¡Oh, Dios, si pudiera comunicar con la policía, con el jefe Lawson! Pero no sé, no sé si es posible localizarle… No sé cómo establecer contacto con él sin… sin que ellos lo adviertan…

Rápida, sin preguntar nada, Susan Hyde extinguió los mecheros de gas de las paredes, las lámparas sobre los muebles. En un momento, la casa quedó en penumbras Asomó a una de las ventanas. Miró a la calle. A su lado estaba su esposo. Notó su vivo escalofrío, el modo como dejó caer la cortina, aterrorizada.

—Cielos, Francis, es verdad… —musitó—. He visto esas figuras… Se iban por esas calles inmediatas… Parecían buscar algo…

—No sé lo que pueda ser, pero tengo miedo, querida. Por vez primera, sé lo que es, realmente, el miedo —tragó saliva el alcalde Hyde.

Luego, junto a ella, escudriñó la calle desierta ya, sin otro rastro de lo que viera, que la propia puerta de la Morgue, abierta, mostrando la lívida luz interior, que trazaba una alargada estría sobre el empedrado. Y con el cuerpo informe de Roark al fondo…

—Espera, cariño —habló su mujer, con admirable entereza—. Voy a traer los prismáticos. Es posible que veamos lo que le sucedió a Roark…

Trajo los binoculares. Y vieron lo que le había sucedido al vigilante de la Morgue. Vieron su cráneo destrozado, vieron lo que faltaba en él…

Un helado silencio de escalofrío se adueñó de ellos, en la suntuosa residencia envuelta en sombras. De algunos puntos de Selkirk, llegaron gritos agudos, estremecedores. Gritos de horror y de muerte.

Los Hyde se miraron. Sus manos heladas se apretaron con fuerza. El miedo era en ellos mayor que nunca. Más que miedo, era terror puro. Pánico a lo desconocido, a lo que parecía más fuerte que ellos…

De repente, por el fondo de la calle, como una legión fantasmal, nuevas figuras aparecieron. Susan dominó con dificultades un alarido de horror.

Las farolas de alumbrado público revelaron rostros y cuerpos alucinantes, mutilaciones increíbles, la presencia misma de la muerte, pero extrañamente dotada de una animación estremecedora, que la hacía más terrible aún.

—¡Francis, esos… esos seres que vienen por ahí…! —Sollozó, rotos sus nervios —. Parece que sean… que sean…

—Sí, Susan, te entiendo —murmuró a su lado, con temblores irreprimibles, su siempre sereno, frío e impasible esposo—. Son ellos, querida… Los otros muertos… Mira sus ropas fangosas, sus cabellos mojados… Vienen del río… Son los demás difuntos, los que yacían en el fondo del río… Creo… creo que todos los muertos han resucitado esta noche, no sé por qué…

En ese preciso instante, alguien golpeó la puerta de la casa. Fueron golpes sordos, violentos, apremiantes. Los Hyde se miraron, con un estremecimiento de pavor.

—¡Francis! —susurró ella, al borde del histerismo.

—Me temo…, me temo que ya están aquí —gimió su marido, sintiendo un frío desconocido en todo su ser.

Los golpes se repitieron, implacables, sobre la recia puerta.

Los muertos que llegaban del rio, avanzaban entretanto hacia La casa de los Hyde, con sus ojos fijos en ella…

*** * ***

El doctor Doyle se incorporó bruscamente en su lecho.

Le costó abrir los ojos, porque hacía muy poco que había logrado cerrarlos, agotado tras la noche de tarea agotadora en el quirófano y en las salas de heridos del hospital. Ahora, incluso, ignoraba la hora que podía ser. Pero sabía que un ruido, en alguna parte, le había despertado.

Se sentó en la cama. Consultó su reloj de bolsillo, de plata maciza y cifras romanas. Leyó claramente la hora, con viva sorpresa: las cinco y veinticinco minutos de la madrugada. Apenas si hacía cuarenta minutos que conciliara el sueño.

No vio nada especial. La puerta de su habitación, en el pabellón de guardia nocturna del hospital de Selkirk, cerrada como la dejara. Todo en orden. Y, sin embargo…

Sin embargo, estaba aquello. Sus ojos se clavaron en ese punto inmediatamente. Se despejó su sueño, con cierta alarma.

Era la ventana de su habitación. Mostraba un vidrio roto, en forma de estrella irregular. Eso no estaba antes, cuando él se durmió. Un frío sutil, gélido, el aire húmedo y penetrante de la madrugada, entraba por el boquete, haciéndole tiritar.

Se puso en pie de un salto, con decisión. Encendió la llama del quinqué situado junto a su lecho. A la claridad dorada, descubrió algo en el suelo.

Una piedra.

No era muy voluminosa, pero lo suficiente para romper el vidrio y entrar en la habitación. Llevaba algo atado. Un cordel. Y un papel doblado, sujeto a éste.

No dudó. Tenía todas las trazas de ser un mensaje de emergencia. O quizá alguna amenaza personal, eso nunca se sabía en sitios como Selkirk.

Tomó la piedra y el papel. Arrancó éste, observando que era un sobre con un texto claramente escrito en su exterior arrugado:

«Al doctor Bakersland o a quien lo reciba. Es urgente. Mensaje del alcalde Hyde».

—Sorprendente —se dijo, frunciendo el ceño—. ¿Será un ensayo de una nueva forma de correo interior?

Dando de lado su sentido del humor, rasgó el sobre sin esperar a más. La indicación urgente, subrayada varias veces, le hizo tomar esa rápida decisión. Desplegó el papel que contenía. Su texto, le dejó atónito:

«Doctor:

»No sé si creerá esto. Es fantástico y aterrador. Pero es la verdad. Los muertos han vuelto a la vida. Los sepultados en el río, los que yacían en la Morgue, han resucitado. Son agresivos. Creo…, creo que destrozan los cráneos humanos para…, para la necrofagia de sus cerebros. Es horrendo, lo sé. Lo hemos visto mi esposa y yo. También el jefe de policía, Lawson, y el agente Knight, que están encerrados con nosotros en casa. Nos rodean los muertos caminantes. Otros, entretanto, atacan otras casas de Selkirk. Roark está con su cráneo abierto y vaciado.

»¡Por favor, necesitamos ayuda! Vamos a intentar arrojar este mensaje hacia el hospital, desde el tejado. Dios nos ayude en ello. No salgan del hospital, pero busquen ayuda. Hay que acabar con esos cadáveres ambulantes… o ellos acabarán con nosotros.

»Francis Hyde y Thorley Lawson».

El doctor Doyle hubiera pensado que era una broma pesada o un ataque demencial de alguien, de no comprobar que el papel llevaba el membrete y sello del alcalde, y las firmas de éste y del jefe de policía parecían auténticas.

—Cielos, esto no tiene sentido… —habló roncamente, mientras releía el mensaje —. De todos modos, o todos se han vuelto locos en Selkirk… o un hecho espantoso está teniendo lugar en esta ciudad Del modo que sea… el doctor Bakersland debe saberlo. Y lo antes posible…

Se vistió, mientras echaba una ojeada al exterior. Vio las calles desiertas, sin el menor rastro inquietante, sin la presencia de ser alguno, vivo o muerto. Pese a ello, poco después corría, pon el mensaje de emergencia, hacia el vecino pabellón de los

alienados, donde el doctor Silas Bakersland tenía su oficina de Dirección y su propio alojamiento.

CAPÍTULO VI

—Callum, hazlo ya.

James Callum, jefe de loqueros del Asilo de Alienados del doctor Bakersland, miró vacilante a su superior. Éste entornó sus ojos con frialdad, apremiándole ásperamente:

—¡Vamos! ¿Qué te he dicho, Callum? ¡Hazlo, pronto!

El loquero no dudó ya. Sabía lo que era una orden tajante de su amo y señor. Allí, en el pabellón de Psiquiatría del Hospital de Selkirk, la palabra de Bakersland era ley. Para él y para todos.

—Sí, señor —dijo humildemente.

Y clavó el inyectable en la mano del paciente tendido en la mesa de operaciones del quirófano particular del director del hospital. El cuerpo se agitó un momento bajo la sábana. Era su última convulsión. El potente veneno inoculado en su sangre, llegaría en menos de diez segundos al corazón, paralizándolo.

Bakersland, frío, distante, siempre dueño de la situación, consultó su reloj de bolsillo, de oro macizo. Contó hasta diez.

—Perfecto —dijo—. Ya debe estar muerto. Y si no, es lo mismo. No resistirá lo que hagamos con él, Callum. Pronto, dame ese instrumental. Estoy fatigado con la noche que me dieron esa gente. ¡Precisamente hoy, cuando todo me hubiera sonreído! Esos imbéciles de Oxley y Gough debieron tener miedo y no trajeron los cuerpos del cementerio… Mi visitante de Londres ha muerto, perdiendo su precioso frasco rojo en el río… En suma, lodo ha salido mal. Es como volver a empezar. Pero lo lograré. ¡Lo lograré, Callum, y tú serás testigo de la más grande conquista que la ciencia alcanzó jamás! En suma: daremos la vida a los muertos, los haremos volver de la tumba, a nuestro antojo…

—Sí, doctor —afirmó servilmente el loquero de rostro brutal, de cabello rapado al cero, que hacía brillar su cráneo como una esfera de marfil, bajo la luz cruda del gas en el quirófano privado—. Será algo grande, yo lo sé…

—No, pobre imbécil —suspiró Bakersland, despectivo, mirando a su torpe ayudante—. No sabes nada de nada, pero al menos me eres leal y estás a mi lado… Este nombre era un loco incurable, tú lo sabes. Mañana diremos que murió de un colapso. Nadie investiga aquí. Yo soy el amo de este hospital, y la ley nunca se preocupa por un demente más o menos… En cambio, con sus cuerpos podemos llegar a obtener la fórmula mágica, la que había creído obtener ya el profesor Lloyd, la que nos vendía por diez mil guineas…

Soltó una carcajada. Callum, el loquero, no sabía por qué reía. Pero por simple mimetismo, corroboró su risa con otra carcajada estúpida, contemplando al enfermo recién asesinado sobre la mesa de operaciones.

—¡Diez mil guineas que nunca hubiera disfrutado, naturalmente, porque hubiese

terminado su viaje en el fondo del río, sin utilizar ni un solo penique! —dijo Bakersland cínicamente, ya con su bisturí en la mano. Se dispuso a operar en el cerebro del hombre muerto—. Hubiese sido un dinero de ida y vuelta… con la mágica fórmula para mí. Ahora, sólo Dios sabe dónde irían a parar su mágico medio de dotar de nueva vida a los difuntos… y su antídoto, caso de ser preciso, de reducirlos nuevamente a su condición primitiva. Si es cierto que el profesor Lloyd descubrió ambas cosas, me descubro ante su genio. Pero ya de nada nos sirve, estando como está, muerto en la Morgue, y perdidas para siempre sus mágicas fórmulas.

—¿Qué haremos entonces, señor, sin esa ayuda? —quiso saber Callum.

—Lo único que está en nuestras manos, querido amigo —habló con falso paternalismo el implacable doctor, empezando a hincar su escalpelo en el cuero cabelludo del loco asesinado—. Vamos, ayuda… Tenemos que extraer más y más cerebros humanos, en busca del secreto de la Vida y de la Muerte…

Callum, dócil como siempre, tanto como pudiera serlo un feroz perro amaestrado, se dispuso a ayudarle. En ese momento, una voz juvenil, firme y vigorosa, sonó allá fuera, no lejos de la metálica puerta de su santuario quirúrgico:

—¡Doctor Bakersland, doctor Bakersland! ¡Es urgente! ¡Muy urgente…!

El escalpelo cayó de la mano del director del hospital, cuando acababa de hender la piel del muerto, a la altura de sus sienes. Juró entre dientes, enfurecido:

—¡Es ese maldito médico, el novato doctor Doyle! Creí que dormiría a estas horas…

—¿Le…, le ahuyento, doctor? —sonrió malignamente la cara de gárgola del loquero James Callum.

—No, no —rechazó el eminente galeno—. No conviene, Callum. Ese muchacho me hace falta. Mucha falta… Espera aquí. Volveré en seguida para continuar la operación. Aplícale el suero de conservación. Sólo una dosis. Será suficiente…

Y, despojándose de su equipo de cirugía rápidamente, salió del quirófano secreto, para atender al doctor Clifford Doyle.

* * *

—Esto…, esto no tiene sentido, doctor Doyle…

—Puede que no lo tenga, doctor. Pero estoy alarmado —miró fijamente al director del hospital y del asilo de alienados—. Y veo que usted ha palidecido… Debe comprender que hay algo de verdad en ese mensaje…

—No es eso, pero…, pero sé que se han hecho a veces experimentos para dar con el secreto de la Vida, doctor Doyle… —Se pasó un mano nerviosa, estremecida, por su frente febril, brillante ahora por la transpiración—. Esto, sin embargo, no puede ser un experimento, sino un hecho cierto, verídico… El alcalde Hyde es la persona más práctica y materialista que conozco. No tiene imaginación. En cuanto a Lawson,

es un policía eficiente. Eso lo dice todo.

—Por tanto, doctor Bakersland…, ¿qué hacemos?

—Lo ignoro —se encogió de hombros—. De momento, cerremos todos los accesos al hospital. Y tratemos de confirmar la veracidad del mensaje.

—¿Cómo?

—Él propio mensaje nos da la clave. Ellos lo enviaron desde el tejado de la casa de los Hyde. Tratemos de responder del mismo modo. Doctor Doyle, ¿usted domina el alfabeto Morse?

—Sí, creo que sí… —Le miró, intrigado—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto. Doctor, ¿usted aceptaría subir a nuestro tejado, y utilizar una luz y una sólida prenda, opaca, capaz de dejar brillar la luz o de apagarla, para transmitir puntos y rayas a casa de los Hyde?

—Sí —admitió Doyle, sin vacilar—. Lo haría, doctor. ¿Qué espera lograr con ello?

—Confirmar esos hechos. Una vez seguros del terreno que pisamos, sería importante tratar de CAPTURAR a uno de esos muertos-resucitados.

—¿Capturarlo? ¿Para qué, doctor? Usted ha leído eso… Son peligrosos. Parece que…, que pueden DEVORAR cerebros humanos…

—No importa. Si ello es así, es por una razón. Quiero saber cuál es. Si resucitaron, hay un motivo. Si se hicieron caníbales, precisamente de cerebros, hay otro. Los necesito. Todos esos motivos, doctor Doyle.

—¿Para qué, doctor Bakersland?

—Podría decirle que no es asunto suyo, pero si ese fenómeno se ha producido no importará demasiado que cueste algunas víctimas. Lo importante, realmente, es obtener una muestra viviente, a uno de esos cadáveres ambulantes… y analizar su naturaleza a fondo. Puede que estemos ante la gran oportunidad de la ciencia médica de todos los tiempos. Puede que ésta sea la frontera entre la Vida y la Muerte, ¿se le ha ocurrido?

—Se me ocurrió algo parecido, doctor. Pero nada merece la pena, si es a causa de la vida de muchos otros seres. Esos…, esos muertos parecen ser un peligro cierto, tangible… Acaso una amenaza para todos.

—¡Qué tontería! —rechazó, riendo, el doctor Bakersland—. Está dramatizando las cosas, lo mismo que Hyde y el policía Lawson. Pero en usted es menos comprensible, porque usted es un hombre de ciencia, un médico, un joven que debería preguntarse qué hay más allá de todo lo que ahora conocemos y dominamos con nuestros pobres conocimientos…

—Eso, de momento, no me interesa —cortó Doyle fríamente—. Prefiero evitar un riesgo a los demás. Esto no es un experimento, según parece, sino… una emergencia. Ellos nos piden ayuda, no investigaciones ni hipótesis, doctor.

—Aquí, doctor Doyle, soy yo quien manda todavía —cortó glacialmente Bakersland—. De todos modos, le permito que sostenga su tesis personal. Suba al

tejado, por favor. Comunique en Morse con ellos. Dígales qué sucede y qué podemos hacer nosotros… De momento, es todo lo que está en nuestras manos. Según sea la respuesta, actuaremos. Esté tranquilo, doctor. No arriesgaré más de lo estrictamente necesario para sacar de apuros a cuantos peligren en Selkirk. —¿Responde eso a sus escrúpulos de conciencia, mi querido doctor Doyle?

—Sí, doctor —afirmó secamente el joven—. Y gracias por todo. En un minuto estaré en el tejado del hospital, tratando de comunicar con ellos…

Cuando hubo salido Clifford Doyle del despacho del doctor Bakersland, vecino a su secreto quirófano de experimentación y disección biológica, el director del hospital murmuró entre dientes, despectivo:

—¡Imbécil! Además de joven e inexperto, es uno de esos insufribles moralistas que anteponen la vida humana a cualquier otra cosa… Es posible que, finalmente, tenga que deshacerme de él. No me gustó la atención que prestó a las palabras del profesor Lloyd, en su agonía… No sólo es un hombre de conciencia, sino endiabladamente listo… Habré de cuidarme de él en lo sucesivo.

Regresó a su quirófano oculto, donde Callum y el cadáver le esperaban.

No pudo advertir de que, justo en el momento de introducirse por la puerta del fondo, que comunicaba con la antecámara del quirófano y laboratorio, un rostro asomaba por la entrada de su despacho, y unos bonitos ojos azules buscaban su presencia.

La joven enfermera Marnie Flood, habiendo despertado en plena madrugada cuando un paciente entraba en coma, iba en busca del director para informarle…

Y eso iba a significar su desastre.

*** * ***

Clifford Doyle tragó saliva. Tenía el rostro bañado en sudor. Sus manos; temblaban al bajar el fanal que le sirviera para comunicarse con la casa de los Hyde.

No sólo había confirmado a base de intermitencias más cortas o largas, según fuesen puntos o rayas el mensaje, el texto recibido con la piedra poco antes, sino que con sus propios ojos, y con ayuda de unos potentes prismáticos, había visto deambular por la ciudad, por sus calles, más desiertas que nunca en aquella horrible madrugada, figuras rígidas, tambaleantes, estremecedoras. Figuras tic cadáveres, a veces deformes o mutilados… Mujeres o varones, viejos o jóvenes…

Le había sido posible identificar a algunos de ellos, pese a la distancia y las sombras de la oscura, neblinosa y fría madrugada. El verdugo de Londres, el propio profesor Lloyd, algunas de las personas que él interviniera desesperadamente…

Y Burns Muldoon.

Sobre todos, Burns Muldoon, el asesino loco. O el que pretendieron que era un asesino mentalmente enfermo, pero que jurara su inocencia antes de morir linchado.

Eso había resultado demasiado tremendo para él. La visión de un hombre con el

rostro aplastado, un ojo colgando, entre sanguinolentos jirones, la boca triturada, el cuerpo pateado y roto… moviéndose como si la vida jamás le hubiera abandonado, era excesivamente atroz incluso para un hombre habituado a enfrentarse con la muerte en sus más diversas y estremecedoras formas.

No había duda ya. Ellos decían la verdad. Los muertos se habían adueñado de Selkirk. Cadáveres ambulantes, autómatas humanos… Se escuchaban gritos, roturas de vidrios acá y allá. Impunemente, sin ley capaz de controlarles, sin fuerza capacitada para resistir su ataque insólito, aquellos monstruos de ultratumba estaban penetrando en las viviendas, atacando a sus habitantes… y absorbiendo sus cerebros en un festín aterrador.

—¿Por qué, por qué precisamente sus cerebros? —se preguntaba una y otra vez Doyle, tratando de llegar al fondo de la cuestión, mientras regresaba al interior del hospital, y dejaba allá, al fondo, la casa de los Hyde, rodeada de figuras siniestras, tambaleantes y amenazadoras, golpeando sus recias puertas, empujando las vidrieras ya rotas, pero sin poder vencer, por fortuna, las mallas de alambre o los recios barrotes de los accesos al interior de la casa.

Dentro, parapetados, a la espera de lo que sucediese en aquella larga y alucinante madrugada, los Hyde, lo$ policías de Selkirk… Todos ellos impotentes, vencidos de antemano.

Porque una frase, una sola del mensaje recibido en Morse, a través de parpadeos de luz desde una ventana de la casa, revelaba con estremecedora intensidad la naturaleza y dimensión de aquel azote delirante:

«Hemos utilizado armas de fuego. No hacen efecto. Siguen vivos».

Ni las armas de fuego siquiera… Doyle empezaba a saber lo que era el miedo. Miedo por sí mismo, miedo por todos los demás…

Aún se volvió un momento, cuando se disponía a entrar en el edificio del hospital, por la abertura de la buhardilla asomada al tejado. Captó horrendos alaridos en una calle cercana. Asestó hacia allá sus prismáticos…

Las luces del alumbrado callejero le revelaron un horror sin límites. La venganza más espantosa imaginable, por parte de un hombre ya muerto…

Burns Muldoon, el hombretón linchado en público, había logrado penetrar en un edificio. Era un establecimiento con una planta alta, destinada a viviendas. Vagamente, Doyle recordó aquellos rostros como pertenecientes a personas que participaron en el linchamiento.

Sólo que ahora esos rostros aparecían arrugados, aplastados, informes casi… y sus cráneos estaban machacados, vaciados… sin masa encefálica dentro… Burns Muldoon, como un monstruo del apocalipsis, deambulaba por la calle, goteando sangre sus manos. Entre ellas, palpitaban cerebros rotos, recién arrancados de su encierro de huesos…

Respiró con alivio, cuando hubo cerrado la abertura de la buhardilla tras de sí. Bajó presuroso, casi trompicando, los escalones hacia la planta inferior. Una sensación de náusea invencible le dominaba.

Y lo peor de todo ello, es que una idea se abría paso, paulatinamente, en su cerebro:

—Dios mío, esos muertos…, esos muertos SON INTELIGENTES, ahora… Reconocen a quienes les hicieron daño… Son más feroces en sus ataques a esas personas… Y creo…, creo que esos rasgos de antropofagia que revelan… les proporcionan, precisamente, MÁS vitalidad y entendimiento…

La posibilidad era terrible y presagiaba horrores sin fin, porque su forma de nueva inteligencia y fuerza vital estaba dedicada, exclusivamente, a la destrucción de los demás. Era una cadena intuitiva y atroz. Ellos…, ellos, para sobrevivir, necesitaban, quizá, esos cerebros humanos que tanto ansiaban. Sería un apetito insaciable tal vez. En cuyo caso, la cadena mortal no había hecho sino comenzar.

—Tengo que informar a Bakersland. Tengo que informarle de esto… —susurró, angustiado—. Puede ser el fin de nuestra sociedad. No sé qué ha sucedido, pero algo…, algo, ha roto el equilibrio establecido entre los vivos y los muertos.

Cuando llegó ante el acceso a las dependencias de la Dirección del Centro, halló una puerta metálica, herméticamente cenada. Golpeó en vano, sin ser atendido. Luego, sus ojos se fijaron en un indicador de otro corredor inmediato:

«Al asilo de alienados. Prohibido el paso a toda persona ajena».

Doyle, resueltamente, avanzó en esa dirección. Era otro camino para llegar hasta el doctor Bakersland. Con cierta sensación de íntima repugnancia, el joven médico comprendió que, en caso de entrar los muertos ambulantes en aquel recinto, Bakersland había tomado sus despiadadas, inhumanas medidas. Tendrían que buscar el otro paso, el que conducía a las salas de alienados. Por allí también se llegaba al santuario personal del director. Pero antes de llegar, los invasores de ultratumba se encontrarían con salas repletas de enfermos mentales, de pobres locos indefensos. Era una buena carnada. Un autentico festín para los horribles adversarios.

Eso, le hizo pensar forzosamente algo al joven Doyle, en tanto empujaba los vidrios blancos de la gran puerta de acceso al pabellón de enfermos mentales:

—Dios mío… ¿Es que, acaso, el doctor Bakersland, SABE ya, de antemano, lo que yo acabo solamente de sospechar?

CAPÍTULO VII

El escalpelo continuaba su labor inexorable.

Una sierra había cortado limpiamente el cráneo del paciente asesinado. Sobre la mesa de operaciones, ahora, la tapa craneana era movida para situarla entre un mueble inmediato, y el cerebro, la masa encefálica, palpitando todavía muy débilmente, a poca distancia ya de la muerte clínica, aparecía en toda su repulsiva desnudez, bajo el brillo del instrumental de acero del doctor Silas Bakersland.

—Perfecto, Callum —aprobó el médico—. Estamos más cerca que nunca de alcanzar algo positivo. Lo de ahí fuera, no hace sino confirmar mi teoría… El profesor Lloyd tenía razón. Hay algo que hace revivir a los muertos… Algo que todavía no he conseguido, pero que él si lo alcanzó, no sé aún cómo. Algo que iba en un frasco de vidrio rojo, lamentablemente perdido para siempre… De todos modos, actuaremos a nuestra manera. Y llegaremos a la solución, lo sé. Con Lloyd o sin él… ¡el éxito será nuestro, Callum! Habremos conseguido cruzar la frontera entre la luz y la sombra, entre el mundo de los vivos y el de los muertos… Vamos, ayúdame. Tenemos que conseguir este cerebro completo, para disolverlo en esa solución química. Y del rebultado obtenido con esta masa encefálica, aún viva, como el profesor Lloyd me dijo que iniciara su búsqueda, podría ser que diéramos con la verdad definitiva…

—¿Cree, doctor, que esos difuntos de ahí fuera, los que ahora andan por las calles, según le dijo el doctor Doyle… pueden ser peligrosos? —Mostró el loquero su temor a lo desconocido, a lo que ya no era de este mundo.

—No seas necio —replicó él, despectivo—. Nadie puede ser un peligro para mí. Ni para los que estén a mi lado… Esos pobres desgraciados serán perseguidos y aniquilados por la ley, por gente armada, no tardando mucho…

—Pero… ¿cómo pudo suceder, doctor?

—No sé, Callum. Sin embargo, es una buena pregunta —miró pensativo a su colaborador, en tanto alzaban entre ambos, cuidadosamente, la masa encefálica, entre amarilla y sanguinolenta, del loco asesinado, cuya cabeza ya, en su mitad superior, se mostraba totalmente vacía, como hendida en dos—. Sí, es una buena pregunta… Tal vez el frasco rojo del profesor Lloyd… al hundirse en el río… se quebró, y dejó escapar algo… Un liquido, un gas… no sé. Lo que fuese, contaminó las aguas y la atmósfera. Influyó sobre todos los seres muertos violentamente hacía poco tiempo… y les dotó de nueva vida. Ésa es mi teoría, Callum. Ahora, dejemos todo eso. No hemos quitado la vida a este pobre loco para perder la ocasión de hacer la experiencia con su cerebro aún palpitante…

De súbito, Callum gritó, señalando hacia la espalda del doctor Bakersland:

—¡Doctor, mire ahí! —aulló—. ¡Cielos, nos han descubierto…!

El doctor lanzó una imprecación de cólera y de temor. Giró la cabeza,

palideciendo. Sus manos y las de Callum vacilaron. El cerebro escapó de ellas. Se estrelló en el suelo. Un blando choque, y se hizo varios pedazos, que palpitaron aisladamente, hasta detenerse por completo, sobre un agua sanguinolenta.

Desde la entreabierta puerta del laboratorio y quirófano, la enfermera Marnie Flood exhaló un grito de horror ante lo que veía y oía, la mirada fija, despavorida, en aquel seso humano hecho añicos en tierra. Luego, se desplomó inconsciente.

* * *

El doctor Doyle se enfrentó a aquella espantosa escena, digna de un aquelarre.

Era inhumano. Bestial. Jamás un centro médico podía ser así. No en su concepto, pese a que la época parecía ir contra sus ideas en métodos y sistemas sanitarios. El manicomio era una prueba evidente de todo ello.

En cada sala había, al menos, una treintena de camas, repartidas en dos hileras. Y existían tres salas en el Asilo de Alienados del doctor Bakersland. Casi un centenar de locos, peligrosos unos, inofensivos otros, maniáticos o psicópatas, esquizofrénicos o retrasados mentales, en confusa y atroz mescolanza. Todos ellos mirándole con sus caras pálidas, patéticas, amedrentadas, desde sus lechos en la sala casi oscura.

Eran gestos aterrorizados, gestos amenazadores, expresiones de dolor, rictus de ira, todo mezclado en una fauna humana de pesadilla. Todo ello rodeado de muros grises y sucios, húmedos y desnudos, rejas de hierro, verjas, guardianes armados de porras, amenazas de duchas heladas, camisas de fuerza, celdas de castigo…

Pasó por cada una de las salas, con un escalofrío recorriendo su ser. Y no era miedo por sí mismo ahora, sino miedo por ellos mismos, por todos aquellos desdichados, tratados como bestias. Ingresar en un hospital para locos, no era una esperanza de sanar, no era un medio terapéutico de devolver al mundo a un alienado, sino un castigo, una mazmorra de por vida, una tortura constante, física y mental, hasta aniquilar al enfermo.

Asqueado, convulso, el doctor Doyle alcanzó la escalerilla que subía a las dependencias personales de la Dirección del siniestro establecimiento de Selkirk. Ahora comprendía cómo personas de la talla mental de un Burns Muldoon, podían ser acosadas de asesinato sin defenderse siquiera, sólo pensando en huir, en evadirse. De allí se salía para el cementerio, fuese en la horca o cazado a tiros en cualquier madriguera escondida.

—Los cadáveres fuera, amenazan nuestra existencia, nuestra sociedad —musitó para sí—. Pero ¿no será eso un castigo bíblico? ¿No estaremos mereciendo el exterminio de una sociedad capaz de estas monstruosidades legales?

Era inútil divagar, enfurecerse, exaltarse contra la injusticia de unos hombres y de una época. Nadie iba a hacerle caso. Nadie movería un dedo por estas desdichadas criaturas, sometidas a cautiverio perpetuo por el solo hecho de estar enfermas.

Cuando alcanzó la puerta de acceso a la Dirección, donde figuraba el rótulo

«PROHIBIDO ENTRAR», MIS manos temblaban. Era un temblor de ira, de impotencia, de náusea.

—¡Doctor! —llamó, descompuesto—. ¡Doctor Bakersland! ¡Abra! ¡Es urgente! ¡Muy urgente!

Momentos después, el doctor Bakersland le abría la puerta metálica de aquel lado, sin que el joven doctor pudiera sospechar siquiera de que dentro, en el laboratorio y quirófano privado del director del sanatorio para locos, no lejos del cadáver sin cráneo de un pobre demente sacrificado en vano, la joven y rubia Marnie Flood, espontánea y sacrificada enfermera en la noche de la tragedia, se hallaba bien ligada y amordazada, bajo la vigilancia del siniestro loquero James Callum, sin haber vuelto siquiera en sí tras el horror presenciado dentro.

* * *

—De modo que así están las cosas…

—Así están, doctor Bakersland —afirmó fríamente Clifford Doyle—. No sé cuánto resistiremos. Habrá que esperar que la luz del día nos ayude en algo, aunque lo ignoro totalmente. Lo cierto es que esos cadáveres son los amos de la ciudad. Y, lo que es peor, las balas, las armas de fuego… nada pueden contra su nueva forma de existencia.

—Ciclos… —Los ojos de Silas Bakersland brillaron con destellos de acero. No se sabía si estaba excitado o atemorizado de verdad—. Eso es más grave, Doyle. Si no se halla un medio de aniquilarles, serán ellos los que nos aniquilen a nosotros.

—No creo que tenga mucho que temer, personalmente —replicó el joven, incisivo.

—¿Qué quiere decir con eso? —Se sobresaltó el director del hospital.

—Ha sido muy listo. Cerró todo acceso aquí… menos el que pasa por las salas de los dementes. Si entrasen aquí los muertos vivientes, dios serían los primeros en caer. No hay duda de que ello le proporcionaría mucho tiempo para buscar un plan de evasión, de defensa o ataque. Pero no sin que antes hubieran muerto cien sores humanas…

—¿Seres humanos? —Se encogió de hombros Bakersland—. ¡Bah!, mi querido doctor Doyle, no sea patético ni sentimentaloide. Esos pobres estarían mejor muertos que vivos. Son incurables, auténticas piltrafas humanas… Nadie lamentará su fin.

—Doctor, son personas. Enfermos. Para usted, un loco quizá sea un estorbo, un animal sin valor. Para mí, no. Ellos valen tanto como usted o como yo. Muchos podrían curar en otro lugar que no fuera éste, no le quepa duda.

—Doctor Doyle, ¿qué está tratando de decirme con esas insolencias? ¿Acaso pretende enseñarme a mí a ser médico de locos? Yo, que soy director de este establecimiento desde hace años.

—Igual pudieron haberle proporcionado una penitenciaría… o un depósito de

cadáveres. Creo que, en el fondo, no se diferencia mucho de esto ninguno de esos locales. No sé si maneja usted a prisioneros… o a muertos en vida, doctor. Lo que sí sé es que este lugar, sus procedimientos, su instalación toda, me producen asco e indignación. Como médico y como ser humano.

—Doctor Doyle, si no se retracta Inmediatamente de esas palabras, me veré obligado a comunicarle su despido irremisible —se irguió Bakersland con frialdad.

—Muy bien. Es, pues, mi despido —silabeó él glacialmente, mirándole con idéntica dureza y helada expresión en sus ojos—. Yo jamás me retracto de mis convicciones, doctor Bakersland. Y menos, ante una persona a quien considero Indigna de llevar siquiera el título de doctor, ni de regir un establecimiento médico.

—¡Insolente! —Rugió Silas Bakersland, airadamente, alzando su mano con violencia—. ¡Le voy a…!

—¡Cuidado, doctor! —Rápida, la mano diestra de Clifford Doyle aferró la de su colega, y cerróse en torno a su muñeca como una tenaza de acero. Le retuvo así, contra el muro, hasta que blanqueó su piel y el rostro se estiró, sudoroso, crispado por el dolor—. No tolero que nadie me alce la mano. Ya me voy de su fortaleza de ignominia y suciedad.

Informaré de esto en Londres, a las autoridades médicas, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—¿En Londres? —Habló desdeñosamente el doctor Bakersland, mirándole con ojos fulgurantes de odio, apenas él le hubo soltado—. ¡Nunca volverá allá, Doyle! ¡Esos muertos que caminan, terminarán con usted! ¡Con todos ustedes! ¡Vamos, pronto, fuera de mi hospital! ¡Fuera! Y que Dios o el diablo le ayuden en esas calles, frente a la invasión de los resucitados…

Clifford no dijo nada. Dio media vuelta. Salió de aquella estancia de forma airada, dando un portazo. Cuando regresó, a través de las mismas salas llenas de alienados, les miró, ensombrecido. Una piedad infinita se apoderó de él, dominando sus anteriores sentimientos de cólera y de justa, ira.

—Vosotros… —habló con voz fuerte y alta—. Escuchadme todos… Fuera, os aguarda un peligro cierto… Hay unos monstruos que atacan y destruyen todo lo que encuentran a su paso. Aquí dentro, lo único que lográis es que ello os suceda igual, aunque quizá un poco más tarde… Si fuerais capaces de salir, de empuñar antorchas encendidas, armas, lo que fuese, y atacar a esos monstruos, seríais quizá más libres. Cuándo menos, defenderíais vuestras vidas de la única forma posible… y dejaríais solo a ese cerdo de vuestro director, el doctor Bakersland, que quiere manteneros aquí como simple camada para que esos atacantes os trituren… Yo también soy médico como vuestro director, pero soy diferente a él. Yo no os castigaría. Yo no usaría celdas de represalia, ni mangueras de agua, ni camisas de fuerza. Sólo medicamentos, atenciones, patios abiertos a la luz, al sol… Y muchos de vosotros sanaríais, amigos…

—Dinos lo que hemos de hacer, y te seguiremos —habló un enfermo,

levantándose.

—¡Sí, doctor! Joven doctor amigo, díganos lo que podemos hacer para salir de aquí… y seremos solamente sus pacientes… Le obedeceremos, seremos dóciles. Lo prometemos, ¿verdad, muchachos?

Hubo un coro de asentimientos. Rápidamente, dos loqueros salieron, esgrimiendo voluminosas porras de cuero relleno de algo macizo y pesado, para frenar la algarada. Doyle les miró con frialdad. Sentía hacer aquello, como médico que era. Pero cualquier cosa era mejor que dejarles abandonados a su suerte en el asilo. Podían morir en la calle, bajo la amenaza de ultratumba, o podían provocar un caos en Selkirk, pero ya nada podía ser peor de cómo eran ahora las cosas.

Esperaban sus órdenes, mientras temblaban, amedrentados por la presencia de los loqueros de Bakersland. Doyle dio la voz:

—Prohibido matar o malherir, recordadlo; ¡pero duro con ellos!

La humana jauría se disparó sin remedio. Los loqueros, horrorizados, fueron abatidos y pisoteados, golpeados hasta la inconsciencia. Nadie se ensañó con ellos. La voz de Doyle, como la mágica flauta de Hamelin, detuvo a la horda de pobres ratas humanas:

—¡Quietos ya! Pedí orden y disciplina, por encima de todo. Recordad: sólo debéis obedecerme a mí. Y, eso sí. Apenas estéis en la calle, reconoceréis a los monstruos. Todos van manchados de sangre, rotas sus ropas, algunos aparecen mutilados. Su aspecto os causará miedo. No importa. Antes de ser atacados… ¡atacad! ¿Entendido?

—¡Siiiiií, doctor! —Fue un clamor la respuesta. Los loqueros yacían sin sentido.

—Muy bien —suspiró Doyle—. Entonces…, ¡adelante todos! Abandonemos este maldito lugar para siempre, hasta que una nueva forma de atenderos sea posible…

Aquella especie de dantesca legión de locos, con todo su tremendo riesgo demencial en el exterior, abandonó en medio de una barahúnda infernal el edificio del hospital para enfermos del cerebro que dirigía el siniestro doctor Bakersland. Unos empuñaron antorchas de madera resinosa, otros, lámparas de petróleo, algunos tomaron muebles y objetos pesados.

Al salir a la calle, bajo la lívida luz de los faroles de gas, en las últimas horas de la dantesca madrugada, eran varios los muertos ambulantes que se movían pesada pero astutamente por las esquinas, buscando atravesar las puertas del hospital, y de otros edificios circundamos, entre ellos el de la familia Hyde.

Los locos, en alud, a una voz de Doyle, se precipitaron en masa sobre los escasos difuntos en movimiento. Por una vez, al menos, la fuerza estaba de parte de los demás. Los monstruos de ultratumba podían no ser muertos a balazos, como dijera el alcalde Hyde. Pero cada *zombi* antropófago, al verse asaltado por docenas de locos enfurecidos, tuvo que ceder bajo el número. Al terminar con cada uno de ellos, las bandadas de alienados del doctor Bakersland, habían dejado sobre el suelo piltrafas humanas, agitándose en una especie de vida exasperante y rebelde, ya inofensiva para

los demás. Sus cabezas y cuerpos, virtualmente, estaban machacados hasta hacerlos irreconocibles.

Era una medida dolorosa, pensó el doctor Doyle, que tampoco sentía nada personal contra aquellos desdichados difuntos, a los que alguna rara contaminación química, quizá traída por el profesor Lloyd desde Londres, había dotado de una segunda y espantosa vida, incoherente pero atroz.

Miró su reloj de bolsillo, con un suspiro, cuando el último de los cadáveres visibles en aquella zona, hubo sido aplastado por la horda de alienados bajo su mando.

Eran las seis y cuarto de la mañana. Sólo cuarenta o cincuenta minutos más… y despuntaría la luz del día.

¿Un día para la liberación… o para el holocausto final?, se preguntó, estremecido.

*** * ***

—Sí, doctor Doyle —resopló amargamente el jefe de policía Lawson, tras echar una cauta ojeada a las calles mal alumbradas, en la neblinosa víspera de la inmediata mañana—. Los he contado. Son quince. Quince cadáveres destrozados, hechos jirones. A pesar de ello, los desdichados aún palpitan, como una masa viviente pero inútil, incapaz ya de actuar… Es enloquecedor, amigo mío. Enloquecedor… y también inútil.

—¿Inútil? —preguntó, tímida, la voz de Susan Hyde.

—Sí, señora —afirmó el policía con un gesto sombrío—. El doctor Doyle se ha jugado una fuerte baza en esto. Creo que incluso hizo bien en soltar a los locos, con todos sus riesgos. Al menos, quince difuntos ya no existen. Pero quedan muchos más, y se reunirán pronto para atacarnos…, para atacar también a esos dementes infortunados, cuyos cerebros puede que sean su alimento… Se ha logrado algo, es cierto. Pero no todo.

—No se podía hacer más. —Clifford tomó un trago del *brandy* que le sirviera el alcalde Hyde, y paseó nervioso por la sala—. Sé que era un golpe limitado. En cuanto se dispersen, serán fácil presa de esos monstruos llegados de ultratumba, pero eso era preferible a dejarles de víctimas propiciatorias en el hospital, cubriendo al doctor Bakersland. Ahora, yo he podido reunirme con ustedes y, tal vez, todos juntos en este sólido edificio, podamos llegar a una solución, antes de que sea demasiado tarde…

—Usted asegura que debe tratarse de una contaminación en las aguas del río y en la atmósfera de Selkirk, producida por la evaporación de alguna sustancia contenida en un frasco rojo, propiedad de un tal profesor Lloyd, ¿no es cierto, doctor Doyle? —terció el agente Knight, ceñudo.

—Sí, agente —afirmó Clifford—. Estoy convencido. El doctor Bakersland también…, pero porque él sabía lo que contenía ese frasco. El profesor Lloyd iba a vendérselo a él por diez mil guineas, según me confesó antes de morir. Entonces no lo

entendí bien, pero ahora está claro, señores.

—De modo que, indirectamente, Bakersland es el responsable de esta situación. ¿Para qué diablos querría él ese producto tan espantoso?

—Señor Lawson —replicó Doyle al jefe de policía—. Es obvio que Bakersland se dedica a trabajos de investigación, a disección y todo eso… No me sorprendería que muchos de los locos que fallecen allí, sean victimas de sus experiencias clandestinas. A veces, incluso es posible que recurra a…, a cadáveres robados.

—¡Cadáveres robados! —Saltó vivamente el agente Knight—. Oh, doctor Doyle, eso me recuerda algo…

—¿Sí? —Clifford le miró con viva atención—. ¿Qué, agente Knight?

—Esta noche… dos ataúdes fueron hallados en el cementerio, a punto de ser robados… Los cadáveres continuaban allí, sin embargo. El descarrilamiento debió asustar a los profanadores de tumbas.

—Y, por cierto, esta misma noche también hemos visto desde aquí, cómo dos individuos, sospechosos de robar cadáveres de los cementerios, trataban de llegar al hospital para protegerse de esas horribles criaturas —señalo Thorley Lawson, ceñudo —. Pero ambos cayeron a las mismas puertas del hospital, sin que nadie les abriera las puertas, pese a sus llamadas. Naturalmente, esos monstruos… devoraron sus cerebros, doctor.

—Eso confirma mi sospechas —suspiró el joven cirujano—. Tal vez el profesor Lloyd halló lo que tanto debe buscar Bakersland: el secreto de la Vida y de la Muerte. Y no llegó a hacer su transacción por ese accidente de ferrocarril tan inoportuno para sus planes…

—Se dice que, en estos casos, todo el que crea algo nefasto, idea también su antídoto —recordó esperanzadoramente el alcalde Hyde.

—No creo que ése sea el caso actual —rechazó Doyle—. Y, de serlo… ese hallazgo, como el otro, estarla perdido en las aguas del río, probablemente para siempre…

Callaron todos por un momento, en la hermética vivienda de los Hyde. Estaban cada vez más cerca del amanecer, pero nadie podía asegurar que la luz del día cambiara las cosas de aquella espeluznante madrugada.

Lentamente, la puerta chirrió a sus espaldas. Todos se volvieron, sobrecogidos. Doyle sintió un hormigueo helado en su nuca, temiendo lo peor.

—No puedo descansar… —dijo una voz ronca, alterada—. Tratáis de que no me entere, pero…, pero acabo de ver cruzar por esa calle a…, a Judy Danvers, papá.

Palideció el alcalde Hyde y tembló, con un murmullo de horror, la madre del joven que acababa de aparecer en la puerta del salón, blanco como un cadáver más, enrojecidos sus ojos y oscuras las sombras en torno a éstos.

—¡Damon, hijo! —Musitó la dama—. ¿Qué horribles cosas estás diciendo?

—Deja que hable —cortó incisivamente el alcalde, apoyado todavía en su negro bastón de puño de plata. Miró fijo, penetrante, a su aturdido hijo—. Damon, ¿qué

dijiste? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, papá. Seguro —afirmó el muchacho, en un hilo de voz.

Thorley Lawson y el doctor Doyle, se habían apresurado a mirar por la ventana. Luego, cambiaron una mutua ojeada estremecida. Se volvieron a los demás.

—Su hijo dice la verdad, alcalde —informó con acritud Lawson—. No es sólo ella… Hay ya más de veinte cadáveres deambulando en torno a la casa… Y ni rastro de los enfermos mentales que liberó el doctor Doyle… Parece que están decidiéndose a ATACARNOS…

Un silencio glacial siguió a sus palabras. Todos se miraban entre sí, como buscando mutuo apoyo en la terrorífica situación. La señora Hyde sollozó, abrazando a su hijo. Damon miró a su padre por encima del hombro.

—Debiste decírmelo, papá —murmuró—. No podía descansar esta noche. Oí comentarios vuestros, gritos en las calles… Luego, capté las señales Morse desde el hospital… Era difícil de aceptar, pero entendí. Y ahora, al ver a…, a la pobre Judy, a lo que queda de ella, moviéndose como un espectro ante esta casa… comprendo que es verdad todo. Que estamos viviendo una pesadilla aterradora.

—Peor que eso, muchacho —dijo roncamente Doyle—. De las pesadillas se despierta, tarde o temprano. De esto… me temo que NO.

—Dios mío… —Damon Hyde cubrió su rostro con ambas manos, exhalando un gemido—. Había empezado a pensar en una vida nueva y diferente, tal como papá la deseaba… Esperaba rectificar, ser un buen esposo para Marnie… Y ahora…

—¡MARNIE!

El grito había salido, ronco, exaltado, de labios del doctor Clifford Doyle. Todos le miraron con asombro, e incluso con nuevo temor. Especialmente, el joven Hyde.

—Sí, Marnie —afirmó la señora Hyde—. Marnie Flood, una jovencita londinense, con quien mi hijo está prometido… ¿Por qué le ha sorprendido tanto… y ha pronunciado su nombre con ese tono?

—Había olvidado totalmente… que Marnie Flood no está en Londres, como ustedes creen, sino aquí, en Selkirk…

—¡Aquí! —Rugió Damon, tambaleándose—. Pero ¿qué dice? ¿Cómo puede saber usted eso?

—Muchacho, la tuve de colaboradora esta noche en el hospital. Ella fue enfermera, ¿no es cierto?

—Sí, claro… —boqueó Damon, aturdido, mientras sus padres, muy pálidos, no desviaban su mirada del rostro sereno de Clifford Doyle.

—Del Hospital de Infecciosos, exactamente.

—¡Sí, sí!

—Ella…, ella venía en el tren de esta noche —jadeó Clifford—. Sufría leves heridas.

Pidió ser útil. Dijo…, dijo que era su prometida, Damon. Ahora está en el hospital. Pero no recuerdo haberla visto cuando salía con los locos… No, no estaba

en la sala de heridos en observación, como era de suponer que estuviera… Cielos, temo lo peor…

—¿Qué está diciendo? —le apremió el alcalde Hyde, tembloroso.

—Nada, nada que ustedes puedan evitar Recuerde: los muertos que viven nos rodean, nos impiden salir…, ¡pero tengo que volver al hospital ahora mismo!

—¿Usted? —boqueó Lawson, asombrado—. Haría falta estar loco, doctor…

—Es absolutamente preciso —insistió Clifford, enérgico.

—¡Yo iré en su lugar! —Exclamó Damon—. ¡Soy su novio, estoy obligado a ello…!

—No diga tonterías. No llegaría ni a mitad de la calle. Esos cadáveres voraces le atacarían y destruirían inmediatamente, Damon.

—¿Y acaso a usted no? —Replicó el muchacho—. Es un ser humano, igual que yo…

—Pero tal vez yo sepa cómo hacer las cosas… y usted no —sonrió fríamente Clifford Doyle—. Esa os la diferencia.

—Sea como fuere, no debe salir de aquí. Nada cambiará la suerte de esa muchacha, sea a manos del doctor Bakersland o de la horda de resucitados… Y usted, si abandona la protección de esta casa, estará perdido…

—Aun así, hay que intentarlo, señor Lawson.

—Soy yo quien debería hacer esas cosas, doctor. Para algo soy la ley, la autoridad. Sólo que sé lo inútil que resultaría… y me veo obligado a pasar por un cobarde y un perfecto inepto.

—No, señor Lawson. No se trata de autoridades o de cosas así. Todos estamos unidos en un frente común. Pero creo que esta situación requiere astucia y sangre fría. Dejen que obre a mi modo. Voy al hospital. Es… es absolutamente preciso que rescate a Marnie Flood y la traiga aquí, con nosotros.

Se encaminó a la salida. Lawson asomó a la ventana, ceñudo. Avisó, con voz tensa:

—Cuidado, doctor. Está esa mujer, Judy Danvers, con 6U vientre y pecho horriblemente acuchillados… Y algunos más… Le verán salir, ya sabe que sólo hay un acceso a esta casa, por lo que estamos más seguros que en ninguna otra…

—Claro que me verán —asintió Doyle—. Cuento con ello.

Y, sin añadir palabra, salió de la habitación. Momentos más tarde, sonaba la puerta de la casa. El pesado portón chirrió al abrirse. Luego, se cerró de golpe, bruscamente. Corrió Knight a asegurarlo con sus cerrojos y pestillos interiores.

Fuera, hubo un extraño roce sobre el pavimento. Un rumor de pisadas en movimiento súbito hacia alguna parte…

—Dios mío… —murmuró Lawson, mortalmente pálido, pegado al cristal su rostro sudoroso, tras los pesados barrotes de hierro de aquellos ventanales—. Ya le vieron… Ya van hacia él…

CAPÍTULO VIII

El joven doctor Doyle clavó sus ojos en los espectros vivientes. Se le venían irremediablemente encima. Antes de que pudiera alcanzar el hospital, le habrían cercado. Y, lo que era peor, le atacarían y destruirían el cerebro…

Echó a andar resueltamente, bajo la luz trémula de los faroles de gas. Sus pisadas sonaron rápidas, como impactos secos, en el pavimento húmedo. Miraba de soslayo a las esquinas Inmediatas. Contó una veintena de muertos en movimiento. Los cadáveres iban ya formando su cerco inexorable. En sus caras tumefactas o deformes, leyó una rara astucia, una crueldad insana, una voracidad sin límites…

Judy Danvers formaba parte del grupo. Los boquetes de sus cuchilladas, en su pecho y su estómago; en su vientre e hígado, eran terribles. Se preguntó cómo Muldoon o cualquier otro pudo ensañarse tanto con una infeliz mujer solitaria.

Pero ahora, esa infeliz mujer era un peligro latente, uno más contra su propia existencia. Pasó junto a cuerpos de ciudadanos de Selkirk, cuyos cráneos habían sido vaciados de forma horrible. Morir nunca era agradable. Pero morir así, menos aún…

El joven médico, de repente, se detuvo ante un frente de seis de aquellos monstruos. Pareció dudar, a punto de rendirse. Ellos seguían, impávidos, su marcha. Rápidamente, de debajo de su levita, la mano zurda de Doyle extrajo algo: un gran quinqué a media llama. Lo arrojó contra ellos.

Estalló entre sus piernas. Del recipiente, al reventar, saltó el petróleo, incendiándose con rapidez, y prendiendo en las ropas de los monstruos. Una desorientación evidente se produjo en ellos. Forcejearon, con aspavientos dignos de monigotes inarticulados, en tanto les envolvían las llamas. Doyle había procurado tomar el quinqué más repleto de petróleo de cuantos viera en el vestíbulo de la casa de los Hyde.

La estratagema resultó. Otros espectros se aproximaban por distintos puntos, pero su situación era más lejana. Doyle alcanzó el hospital. No se entretuvo en golpear unas puertas que sabía estarían herméticamente cerradas a todo el mundo.

En vez de eso, escaló ágilmente las piedras de la fachada, apoyándose en sus junturas, hasta alcanzar una cornisa, por la que caminó, con seguridad, y se aferró por fin a un canalón de desagüe. Por él remontó el resto del muro, hasta el tejado.

Era el mismo tejado que él visitara antes, atando hiciera las señales en Morse a casa de los Hyde. Por lo que había comprobado, los muertos vivientes sólo se movían en terreno llano, sin escalar muros, a menos que hubiese escalones o tramos. Estaba a salvo allí. Y, además, allí había un acceso, el único posible, al interior del hospital del siniestro doctor Bakersland…

La buhardilla. Y en ella, el angosto hueco que él franqueara aquella misma noche…

* * *

La mano estremecida del doctor Bakersland desgarró el vestido de su cautiva, con un movimiento brusco. Ella descendió la rubia cabeza, humillada y asqueada.

La mirada del cirujano era inquietante, estremecedora. Las más bajos pasiones y los más sucios instintos asomaban a su faz, en esos momentos. Y Marnie no podía gritar, con aquella mordaza. No podía moverse, ni luchar, con aquellas ligaduras.

—Mi pequeña entrometida… —Silabeó Bakersland, con malignidad—. Nunca debiste ver lo que no te convenía… Ahora, aunque lo desee, no puedo dejarte salir con vida de todo esto… Por culpa tuya, he perdido un cerebro para mis experimentos… Eso es mala cosa, porque ese maldito doctor Doyle ha salido de aquí, llevándose consigo a mis locos… No tengo con quién experimentar… había pensado hacerlo contigo, claro está…

El horror dilató los azules ojos de la joven, ante la sola posibilidad de que su cerebro fuese extraído como lo había sido el de aquel infortunado enfermo asesinado por el director del asilo de alienados. El médico soltó una carcajada, al advertir el pánico en su rostro.

—¡Oh, preciosa! No temas… Todavía no procederé a vaciar tu linda cabecita… De todos modos, serás sacrificada por la ciencia, y algún día se podrá dar tu nombre, como donante generosa de algo que facilitó el camino hasta los secretos de la Vida y de la Muerte… Pero antes de ello, sería un auténtico crimen dejar extinguir tanta belleza, tanto atractivo…, sin que alguien que te admira, gozase plenamente de ella.

Marnie no supo de qué sentir más horror, más angustia, si de la amenaza de muerte y de mutilación… o de lo que sugería, siniestramente, la voz ronca, apasionada y perversa, del envilecido médico.

—Vete, Callum —dijo roncamente, con ojos brillantes—. Déjame solo con ella… Te llamaré más tarde…, cuando vayamos a extraer el cerebro a esta preciosa muchacha…

Callum soltó una carcajada, asintiendo. El loquero, con rostro de gárgola monstruosa, salió del laboratorio. Su pelado cráneo brillaba, sudoroso, a la luz de los mecheros de gas.

Apenas salió James Callum a la antesala del laboratorio, una especie de maza demoledora se estrelló contra su sien primero y contra su oreja después. Bajo el doble impacto formidable, se derrumbó inconsciente.

El doctor Clifford Doyle se agachó. Con una cortina y su cordón, preparó unas ataduras y mordazas para el loquero. Luego, le quitó de la cintura su pesada porra de cuero, rellena de perdigones de plomo.

La enarboló, decidido. Luego, hizo girar despacio el picaporte de la puerta de hierro. Rápido, empujó la hoja de metal. Saltó dentro del laboratorio secreto.

En esos momentos, el doctor Silas Bakersland procedía a desgarrar más aún las

ropas de la muchacha, y se inclinaba sobre ella.

Los ojos dilatados de Marnie descubrieron la presencia del joven Doyle en la entrada, a espaldas de su captor. Un destello de esperanza, de fe, asomó en ellos.

—Doctor, este sucio juego ha terminado —dijo abruptamente Doyle.

Con un ronco alarido de ira, el doctor se revolvió, para enfrentarse a Doyle. Su mano soltó a su prisionera, y voló a empuñar un recipiente, quizá conteniendo algún ácido capaz de herir gravemente al joven médico.

Clifford no le dejó terminar su acción. Su vigorosa mano, soltó la terrible porra del loquero, contra la cabeza de Bakersland. Su tino fue certero y potente. Restalló sobre el cráneo del médico, director de aquel centro maldito, y éste puso sus ojos en blanco, derrumbándose totalmente inconsciente.

—De prisa, Marnie —dijo familiarmente el joven, apresurándose a soltar ligaduras y mordaza de la muchacha—. Hemos de salir de aquí, antes de que Bakersland vuelva en si… y antes también de que los cadáveres vivientes nos ataquen…

Ella, ya libre de sus ataduras, contuvo su gemido, su expresión de gratitud, para mirar con inmenso asombro a Doyle.

—Los… ¿qué? —preguntó, estupefacta.

—¡Oh!, usted no llegó a enterarse, ahora lo veo claro —suspiró Clifford, conduciéndola a la salida sin perder tiempo—. Estuvo de guardia en la sala de los heridos. Desconoce por completo lo que sucede en todo Selkirk… Se lo explicaré por el camino, Marnie. Vamos. Hay que tratar de llegar a un sitio donde la esperan… Allí está Damon Hyde, con sus padres…

Ella, escuchándole fascinada, le siguió, camino de la salida del tétrico hospital, ahora vacío de locos en su pabellón destinado a los alienados.

Con ella, era imposible volver por el muro, escalándolo como hiciera al llegar. Tendrían que salir a la calle. Con todos sus riesgos…

* * *

—¡Cielos! —aulló, palideciendo, Damon Hyde. Señaló desde la ventana—. ¡Miren! ¡Es el doctor Doyle! ¡Está saliendo del hospital…, con Marnie a su lado!

—Logró rescatarla, sin duda, de manos de ese médico, pero…, ¿qué va a suceder ahora? —jadeó el jefe Lawson, mirando con disgusto su inútil revólver, incapaz de hacer otra cosa que agujerear los cuerpos rígidos de las criaturas de ultratumba, sin abatirlas en modo alguno.

El padre de Damon, por vez primera, se acercó a su hijo. Crispaba su huesuda mano sobre la empuñadura de plata de su bastón de negra madera. Golpeó con él, iracundo, en el suelo, mientras contemplaba la misma escena que vela el muchacho.

—Mira… —anunció, con voz rota—. Vienen ya por allá…

Tembló Damon, muy pálido. Lawson miró por encima de su hombro. El alcalde

tenía razón. Ya volvían los difuntos hacia el lugar donde descubrieran la presencia de Doyle.

Esta vez, él no llevaba arma alguna, ni siquiera un quinqué de petróleo. Una mano suya, oprimía con fuerza la de Marnie, corriendo a su lado. La otra, fuertemente cerrada, no parecía llevar objeto alguno.

Por tres esquinas, avanzaban otros tantos grupos de muertos, vueltos a la vida. Y lo que era peor: ¡en esta ocasión eran más, muchos más…!

Entre ellos, volvían a estar Judy Danvers, el terrible Burns Muldoon y otros… Su objetivo único era la joven pareja en fuga. Muy astutamente, varios de ellos se situaban ya ante la casa de los Hyde, cerrando el acceso a la entrada.

—¡Van a destruirlos! —rugió Knight, impotente también—. No les dejarán llegar siquiera. Éste es el fin de ese joven doctor y de la chica…

—¡No lo será! —chilló Damon, patético—, ¡No puedo dejarles solos en este trance! ¡Yo soy quién debe salvar a Marnie!

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, Damon Hyde se precipitó fuera del salón. Sonaron sus pasos escaleras abajo, precipitadamente, en tanto los policías y el matrimonio Hyde, trataban desesperadamente de darle alcance, de impedir que abandonara la protección de la casa.

—¡No, no haga eso! —gritó en vano Lawson.

—¡Damon, hijo! —tronó la voz de Francis Hyde, por primera vez preocupado por su hijo—. ¡No, no, vuelve! ¡Vuelve, por el amor de Dios! ¡Esos monstruos os despedazarán a todos! ¡Damon, vuelve! ¡Te necesitamos…!

Susan Hyde sollozaba, incapaz de dar un paso más. Lawson y Knight se detuvieron en la escalera. Damon había alcanzado la puerta. Y acababa de salir a la calle…

—Es inútil —dijo roncamente Lawson—. Ya no podemos hacer nada. Sólo cerrar esa puerta, antes de que las criaturas malditas se nos metan dentro irremediablemente…

—Yo lo haré —dijo Francis Hyde, con aire abatido—. Mi pobre hijo…

Alcanzó el vestíbulo. Se dispuso a cerrar. Pero sus ojos, por la rendija de la puerta entreabierta, se fijaron en la calle, en las siniestras figuras rígidas que, implacablemente, cercaban ya a Marnie y a Doyle.

Y que, por otro lado, se movían ya hacia el enloquecido Damon, cerrándole en otro cerco angosto y mortífero, del que jamás podría salir el muchacho…

—¡No, Damon, hijo mío! —Rugió de súbito el alcalde—. ¡Eso, no! ¡No debes morir! ¡No mereces morir tú! ¡Yo lo evitaré como sea! ¡No permitiré que esa gentuza te destroce! ¡No me asustan locos asesinos ni mujerzuelas asquerosas, vivos o muertos! ¡Yo te defenderé…!

Y saltó a la calle, sin que nadie lo pudiese evitar, cerrando tras de sí con un seco golpe, el portón de la casa.

—¡No, no haga eso! —gritó Doyle, todavía distante de ellos—. ¡Atrás! ¡Esperen!

¡Yo les contaré…!

Era en vano. Los muertos ambulantes iban a aplastar el cráneo del joven Damon. Su padre, rápido, con una vitalidad y energía increíbles, se situó ante él… y su mano desenvainó, dramáticamente, el largo y afilado estoque que su negro bastón de empuñadura de plata había ocultado hasta ahora.

En esos momentos, cuando Francis Hyde trataba de cubrir con el arma a su hijo…, uno de los muertos vivientes, en particular, pareció clavar en él sus ojos vidriosos. Y avanzó, resueltamente, con pasos sordos, pero apresurados, acorralándole contra el muro y otra fila de cadáveres.

Era Judy Danvers, la prostituta asesinada. Judy Danvers, cuyas manos engarfiadas buscaban con raro afán el cráneo del alcalde Hyde…

Éste, exaltado, presa de una ira nerviosa y demencial, se dedicó a hundir una, dos, y hasta diez veces, su estoque en la mujer muerta. Su voz sonó potente, desgarrada, estentórea. Todos pudieron oír nítidamente sus increíbles palabras:

—¡Así, así, sucia perra! ¡Así, mujerzuela maldita! ¡Todas, todas vosotras debéis morir igual! ¡Ya te acuchillé una vez, pero veo que no fue suficiente! ¡Bien, Judy Danvers, en ese caso… TE MATARE OTRA VEZ, maldita corruptora…!

*** * ***

Pero sus cuchilladas nada hacían esta vez en el cadáver viviente. Las manos de éste cayeron al fin sobre su cráneo. Lo aplastaron de modo brutal, sin siquiera extraerle el cerebro, que reventó dentro de la bóveda craneana, bajo la presión inhumana de la criatura de ultratumba…

Cuando el doctor Doyle, siempre sin soltar a Marnie, llegó junto a él y su hijo Damon, era ya tarde para hacer nada por ellos…

Pero a espaldas de la joven pareja, inexplicablemente, como por arte de magia, los difuntos vivientes, por fin, estaban cayendo. Cayendo todos, igual que si los fulminara un poder sobrenatural.

Y ya volvían a ser, sobre el pavimento ensangrentado de Selkirk, simples cadáveres, cuerpos humanos desprovistos de todo aliento, de toda vida, de todo movimiento…

Igual suerte corrían poco después Burns Muldoon, Judy Danvers y lodos los demás…

En medio de la calle, cubierta de auténticos cadáveres, como un milagro, Clifford Doyle y Marnie Flood, sobrevivían al horror, libres de todo peligro…

La pesadilla había terminado súbita, inexplicablemente.

En la distancia, una lívida claridad lejana anunciaba la proximidad del nuevo día.

CAPÍTULO IX

—No pudo ser eso. La luz del día, doctor Doyle…

—No, señor Lawson. No ha sido la luz del día, ciertamente —negó despacio Doyle—. La pesadilla hubiera continuado, hasta nuestro final irremediable…, de no darse la intervención milagrosa de Marnie Flood.

—¿Marnie Flood? —El jefe de policía de Selkirk la contempló, aturdido—. No logro entenderlo, doctor…

—Era tan simple… Y, sin embargo, ni yo, ni ella misma, podíamos saber la verdad —el joven médico sacudió la cabeza, con un gasto de abstraída perplejidad—. Lo cierto es que Marnie fue la única que ignoró, durante toda la madrugada, lo que realmente sucedía en esta ciudad. Y aunque lo hubiera sabido, de no darse el caso de que yo le mencionara la posibilidad de que una sustancia creada por el profesor Lloyd fue la que ocasionó el terrorífico fenómeno, ella tampoco hubiera caído en la cuenta.

—Pero…, caído en la cuenta…, ¿de qué? —murmuró tristemente la señora Hyde, cuyo rostro demudado surcaban las lágrimas, tras la tragedia final de su familia.

—Señora, si su esposo y su hijo me hubieran atendido, hubiesen comprendido que yo tenía alguna razón para desafiar abiertamente a los cadáveres vivientes, sin utilizar arma alguna contra ellos, mientras corría hacia la casa. Pero su hijo estaba demasiado obstinado en salvar a su dama, y su esposo… Bueno, usted sabe ahora, por desgracia, cuál era el terrible secreto de su esposo…

—Sí, lo sé. —Susan Hyde inclinó la cabeza, anonadada—. Él, siempre rígido, puritano, Intolerante con los males ajenos… Alcalde de esta ciudad, hombre de familia honorable… Y era… un asesino. Él mató a las mujeres de la noche, no Burns Muldoon, ¿verdad, doctor Doyle?

—Sí, me temo que sí. Su arma escondida en el bastón, su odio irracional, enfermizo, a cierta clase de mujeres… Esa paradoja se da a veces. En los más puritanos e intolerantes, puede brotar y crecer desmesuradamente esa lacra oculta que da salida a sus instintos deformados… Lo siento por usted, señora Hyde… El…, él pagó su tributo. Ahora, otro tribunal que no es de este mundo, juzgará, sus actos…

Hubo un profundo, difícil silencio en la sala. El jefe de policía, Thorley Lawson, lo rompió poco después, para aliviar un poco la tensión:

—Por el amor de Dios, doctor Doyle, aún no nos ha dicho cuál fue el…, el milagro que ha devuelto a esos desdichados a sus tumbas…

—Sencillamente… esto, señor Lawson —dijo despacio el joven galeno.

Y abrió su mano, poniendo sobre la mesa, ante los ojos de los policías locales, un delgado frasco de vidrio azul intenso, cuyo tapón, al ser presionado, dejó escapar un gas sibilante, de extraño olor.

—¿Qué es? —exclamó Knight.

—Algo inofensivo para nosotros, agente. Pero no sucedía igual con los

resucitados… Es decir: se cumplió lo que a veces han hecho los científicos. El profesor Lloyd creó un gas capaz de provocar la resurrección de seres muertos violentamente, al contaminar con su extraña sustancia las heridas abiertas en los difuntos…, pero también un anti-gas, un antídoto capaz de devolver a esos «resucitados» a sus tumbas y a su silencio…

—¡Cielos! —Boqueó Lawson—. Y ese antídoto milagroso, ¿dónde estaba, doctor Doyle?

—Sencillamente —suspiró Marnie Flood—. En mi poder.

—¿Queeé?

—Sí, señor. Yo lo tenía, sin conocer su valor real ni su aplicación. Fue algo casual. Pero en ese convoy, el profesor Lloyd y yo ocupábamos el mismo compartimiento, camino de esta ciudad. Cuando ocurrió el descarrilamiento, él tuvo peor suerte que yo. Murió de resultas de sus heridas. Fue víctima luego de su propio invento, como me ha contado el doctor Doyle…

—Pero…, ¿y ese frasco, señorita Flood? —Gimió el agente Knight—. ¿Cómo lo tenía usted ahora?

—El profesor Lloyd y yo, hablamos de medicina durante el viaje. Me contó que era un investigador biológico. Pero no me aclaró mucho más. Sin embargo, al saber que íbamos a la misma ciudad, pareció recapacitar sobre algo que le preocupaba… y me pidió un favor. Que le guardase ese frasco durante unos días, mientras él permanecía aquí, con un amigo. Cuando fuese el momento, me lo pediría de nuevo. Sólo debía prometerle mantenerlo bien guardado, sin presionar jamás su tapón por nada del mundo, ya que contenía una sustancia fácil de evaporar, sin valor práctico para nadie que no fuese él, y que valía una fortuna. Era una extraña petición, pero acepté guardar el frasco, y tuve la fortuna de que, en el choque, al recibir tan leves heridas, no se rompiera, pese a llevarlo en uno de los bolsillos de mi vestido.

—¿Comprenden la situación? —añadió Doyle—. Lloyd no se fiaba del doctor Bakersland tampoco… y optó por tomar precauciones. Quizá gracias a eso, nos hayamos librado para siempre de ese horror… Cuando referí por el camino a Marnie lo que sucedía, ella recordó el frasco, que había dejado guardado en un armario de medicinas de la sala general, lo recogimos… y decidí hacer la gran prueba en plena calle, frente a esos desdichados cadáveres vivientes… El resto, lo saben igual que yo…

*** * ***

Pocos días después, un ferrocarril se llevaba hacia Londres a Marnie Flood y al doctor Doyle.

Mientras tanto, el doctor Bakersland había sido arrestado y acusado de horribles crímenes en su establecimiento. La horca sería su castigo final. El hospital sería reformado, y un nuevo médico, más honesto, cuidaría de los alienados, muchos de los

cuales lograron salvar su vida aquella madrugada de imborrable recuerdo.

Clifford Doyle prefirió regresar a Londres y establecerse allí como médico. Marnie Flood era su enfermera.

Pero eso duró poco tiempo. Un día, Marnie Flood pasó a ser la señora Marnie Doyle. Y ya no fue la enfermera del doctor Clifford Doyle.

FIN

JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas —, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un

par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.